

t!
(tinta libre)
ediciones

OSCAR MARCELO ROERA
MI LUGAR

Adaptarse a lo nuevo

Producción editorial: Tinta Libre Ediciones
Córdoba, Argentina
Coordinación editorial: Gastón Barrionuevo
Diseño de tapa: Departamento de Arte Tinta Libre Ediciones.
Diseño de interior: Departamento de Arte Tinta Libre Ediciones.



Prohibida su reproducción, almacenamiento, y distribución por cualquier medio, total o parcial sin el permiso previo y por escrito de los autores y/o editor. Está también totalmente prohibido su tratamiento informático y distribución por internet o por cualquier otra red.

La recopilación de fotografías y los contenidos son de absoluta responsabilidad de/l los autor/es. La Editorial no se responsabiliza por la información de este libro.

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Impreso en Argentina - Printed in Argentina

© 2019.
© 2019. Tinta Libre Ediciones



Agradecimiento:

A mis padres, a mis hermanos, amigos. Pero principalmente a Fátima, mi esposa, mi principal pilar, mi eje, mi centro; la que siempre estuvo a mi lado sin aflojar, sin desfallecer y sin dejarme que yo lo haga. Y a mis dos hijas, Dayana y Aylén, principal fuente de energía, que siendo niñas fueron dos gigantes a nuestro lado, entendiendo y aceptando lo que nos estaba pasando.

MI LUGAR

•••

“Unos nacen con estrella y otros estrellados”, ese es el dicho, ¿no? Bueno yo siento que nací estrellado y que de a poco he ido convirtiéndome en estrella. En realidad, supongo que vamos forjando nuestro destino, y decidimos transformarnos en estrella o estrellarnos. No creo en eso de que ya nacemos con nuestro camino predeterminado, podemos batallar frente a las adversidades que la vida nos presenta, si no fuera así, ¿para qué seguir andando? Muchos me miran como si fuera un pobre tipo, yo me siento un ser iluminado. Por muchas razones, soy el dueño de una fortuna incalculable, siempre me he percibido como una persona afortunada. Hoy, después de escribir estas líneas que recorren parte de mi historia, ya no lo creo: estoy seguro.

Los invito a conocerme, después ustedes deciden. Soy Oscar Marcelo Roera, más conocido como Cachito.

PARTE I

EL NACIMIENTO

•••

Corría el año 1972 y en un campito pegado a Coronel Moldes, en la provincia de Córdoba, vivía un matrimonio de clase media-baja, conformado por Elba y Santiago. Con muchas privaciones, se las arreglaban para criar y educar a cuatro hijos: Marta, Leonel, Olga y Sergio. Nunca tiraron manteca al techo, pero jamás les faltó nada, tampoco. ¿Una familia tradicional, sería?

Elba, con sus 41 años, vio cómo su período se hacía ausente, ¿la famosa menopausia, quizás? Sí, era eso, no cabía duda; pero, por si acaso, decidieron ver a un médico, el del pueblo, no más. No había por qué alarmarse. Para gran sorpresa del matrimonio y de los cuatro hijos, no, no era eso; era que venía otro niño. Me imagino sus dudas, sus miedos y, por qué no, sus alegrías.

Este señor (que se decía doctor) le aconsejó por muchas razones, entre ellas por su edad, por su salud, por su situación económica que, si bien no era tan mala no era la mejor tampoco, porque ya tenía cuatro, que no había necesidad, que lo mejor era abortar... ¡Cuántas cosas habrán pasado por la cabeza de los dos! Pero, así y todo, decidieron arriesgarse y hacerse cargo (o lo

que fuera). Resolvieron que ese niño iba a nacer, y sería uno más; para bien o para mal, le darían la oportunidad de vivir.

Así fue que Elba llevó adelante su embarazo, y el 22 de diciembre de ese mismo año nació una hermosa criatura, o sea yo, ¡je! El más pequeñín, el más mimado, el que siempre obtenía lo que quería —o casi siempre—. Me distanciaban 11 años de Marta, la mayor, que a veces hacía de madre en esas calurosas siestas de verano, para que su propia mamá pueda descansar aunque sea un rato, ya que de pequeño no era fácil de conformar, ni de noche ni de día. Entonces, hacía las veces de muñeco para los juegos de los otros cuatro en esas siestas, bajo la sombra de los eucaliptos, de los naranjos, de dos frondosas plantas de mandarinas que ofrecían una tupida sombra o de ese inmenso ombú que adornaba y era el dueño y guardián del monte y de la casa.

Aproximadamente en el 75 o 76, mi padre, por malos negocios o mala suerte o lo que fuera, quedó económicamente muy mal parado, desorientado a mi entender. Obvio que yo no recuerdo nada de ese momento, hablo por lo que mi viejo una vez me contó. Fue entonces que un amigo le propuso que él pusiera el campo y le prestó unas vacas con la condición de que, para ayudar a otro amigo, armaran un tambo y lo colocaran como tambero. Y así, de a poco, se fueron acomodando nuevamente las cosas para Santiago, mi viejo.

Mi padre armó el tambo en un campo que no era suyo, sino de un hermano, del tío José, al cual le pagaba el alquiler religiosamente cada seis meses. Así, con ese tambo y el campito donde vivía fue peleándola. Duros momentos le tocaron vivir, pero no por eso dejó de atender y de mimar a su familia, a sus cinco hijos.

Por el 79, Marta y Leonel, que no habían seguido los estudios, solo terminaron la primaria, vieron la posibilidad de hacer

algo. La ventaja de estar cerquita del pueblo les brindaba la oportunidad de ordeñar algunas vacas y vender la leche en el lugar, así ya podían solventar sus gastos y aliviar a mi viejo en la economía. Creo que él no estaba muy de acuerdo con eso, pero igual siguieron adelante con la idea. Así fue que comenzaron ordeñando a mano unas pocas vacas, luego fueron sumando otras y al tiempo era un tambo declarado. Entonces empezaron a vender unos pocos litros a la empresa SanCor. A todo eso, se sumaron Sergio y también Olga a la empresa, ¡todos ordeñaban!

Todos menos yo, que era el chiquito, el mimado...



PARTE II

EL TRABAJO Y LOS DÍAS

•••

En el año 1985 empecé la escuela secundaria. No me gustaba mucho la idea de estudiar, pero de lo contrario tenía que encarar el tambo, que para entonces estaba bien armado: ya no se trabajaba a mano, era mecánico, pero así y todo se volvía un trabajo que odiaba, prefería cualquier cosa menos el tambo. No me iba tan mal, el primer año terminé sin llevarme ninguna materia, en el segundo no fue así, ya casi me gustaba más el tambo que el colegio, fue entonces que encaré a mi padre y le dije:

—Che, yo no quiero ir más al colegio, hago cualquier cosa, pero no quiero ir más...

Mi viejo, un tipo súper tranquilo, leía el diario bajo la galería una tarde de verano, casi sin levantar la vista me respondió:

—Vos sabrás lo que te espera...

Y sí, yo sabía: el bendito tambo... Acepté las condiciones: ayudar a Sergio y a Leonel en el tambo. Los celos de Leonel no hacían las cosas fáciles, pero era lo que había. A pesar de ser el socio fundador, tampoco le gustaba mucho el tambo, así que cualquier excusa valía para dejarme a mí en su lugar y no aparecer

por el tinglado. Sergio era el más constante, tampoco amaba ese trabajo, pero él se mostraba cómodo ahí, era quien nunca faltaba al encierre.

Al poco tiempo, un matrimonio amigo de mis viejos, ya grandes de edad y sin hijos, fueron a casa de paseo y comentaron que la salud del hombre no era la mejor y que en su campo de 150 hectáreas necesitaban a alguien de confianza para que los ayude en los quehaceres cotidianos. “Un chico estaría bien”, dijo la mujer, y nos dejó encargados de averiguar si conocíamos a alguien dispuesto a tomar el trabajo. Con mis 15 años vi mi oportunidad de crecer, de independizarme, pero mi temor era alejarme de casa, de mi familia, del compañerismo de Sergio, de las peleas con Leonel, je. Fue entonces que lo hablé con Sergio (apodado Keko), y le comenté mi intención. Él me dijo que también le gustaba la idea, un sueldo más aliviaría un poco las cosas y que si no me animaba yo, se iría él. Sin querer me puso entre la espada y la pared: irme de casa o hacer el tambo, con el agregado de tener que compartirlo con Leonel.

Tomé la decisión de irme. Si bien no me dijeron nada, a mis viejos mucho no les cuadraba la idea, pero yo luego de masticar la cosa durante unos días vi la oportunidad de salir de abajo del ala de mi viejo y de demostrarle cómo se hacía, ya me creía un empresario. Así fue que con 15 años me fui a trabajar afuera. Me iba el lunes y volvía el sábado al mediodía. Al principio ni siquiera volvía los fines de semana, me quedaba allá en el campo, el entusiasmo era el mayor. Al comienzo se mostraron muy generosos y hacían que yo ganara más que mis hermanos en ese tambo, mi vida estaba solucionada. Con el tiempo ya los fines de semana se hacían rogar para llegar, no veía la hora de ir a casa, de ver al viejo, a la vieja, a Keko. Eran inevitables los encontronazos

con Leonel: parecía que sus celos se acentuaban cada vez más. Olga ya tenía su trabajo como secretaria en el pueblo, Marta se había casado hacía unos 5 o 6 años y me había hecho tío de Diego y Cristian, compañeros de juegos cuando Keko no me daba bolilla.

La generosidad del matrimonio fue mermando y dejé de ganar lo mismo que antes. Aunque solían ser muy buenos, me querían como a un hijo según ellos, el hombre era duro para largar el mango. Luego de tres años, si se quiere, de soledad en ese campo, ya extrañaba demasiado el ruido de mi casa. Siempre éramos muchos a la hora de la mesa. Los sábados esperábamos a Marta con los niños a cenar, los domingos resultaban demasiado cortitos, y cada lunes se presentaba aciago con la partida al trabajo, a la soledad, al aburrimiento. Ya me quería volver, pero el orgullo y el miedo no me dejaban, ¿qué decirles? Si tiempo atrás yo los había superado en todos los puntos de vista. Creo que mi viejo, muy inteligente y generoso en todos los sentidos, notó lo que me pasaba, y empezó a llamarme para que les ayude a mis hermanos a trabajar con el tractor o el tambo. Mientras Leonel iba al tractor, encantado para no hacer el tambo, yo me hallaba encantado de hacer el tambo con tal de estar cerca de ellos, así que pedía licencia en mi trabajo y me iba: dos días, tres, una semana, ¡qué lindo se sentía!

En el año 1991 apareció en mi camino una persona que marcaría mi vida: Fátima, una jovencita de 13 años. Nos encontramos en un baile y algo extraño me anunció que ella sería especial. Quedamos en vernos el sábado siguiente, pero no apareció. La encontré en la misa del domingo a la tarde, fuimos a tomar algo, a caminar, y entonces le dije que quería algo más que su amistad. No titubeé mucho en aceptar, y así comenzó nuestra relación...

Sus padres, que me conocían de pequeño, no pusieron trabas, al menos a la vista. Hoy pienso: «¡ella 13 años y yo 18!, no era tan fácil de digerir en esa época». Un día la llevé a casa, congeniaron muy bien con mi vieja y me preguntó su edad. ¿Cómo le decía que tenía 13 sin que me saque corriendo? Le dije que tenía 15, su físico me ayudaba. Lo gracioso fue que en el cumpleaños del año siguiente no sabía qué regalarle, entonces le pregunté a mi madre que me volvió a consultar cuántos cumplía, ¡y le volví a repetir, 15! Meneó la cabeza y no dijo nada. El problema vino cuando, al cumplir los 15, los invitó a su fiesta. Ahí ya no aguantó y me dijo: “¿Hasta cuándo va a cumplir 15?”.

Ja ja, pero bueno, fuimos avanzando. Ahora tenía otra razón para querer quedarme en casa y fue así que tras una licencia de un mes en mi trabajo, la más larga en tres años, le planteé al viejo mis ganas de quedarme con ellos, que si tenía que hacer el tambo lo hacía, pero ya no quería volver allá. Me imagino lo que habrá sentido el viejo, hoy que soy padre me doy cuenta.

En esos tres años había ahorrado algo, y tenía cierta cantidad de animales, precisamente vacunos. La condición que me puso fue que debía agregar esos animales a los que había en casa y así podía entrar a la sociedad con mis hermanos. Desde luego acepté y volví a mi hogar.

¡Me sentí tan bien! Parecía que regresaba derrotado, pero volvía a casa, con ellos, a quienes tanto extrañaba. Pese a las diferencias con Leonel, me sentí cómodo, incluso feliz...

Así fue que entre los tres la peleábamos en ese campito, y a la vez con Leonel peleábamos en forma constante. El tambo que mi viejo había armado en la propiedad de mi tío seguía funcionando, aunque renegaba para conseguir un tambero dado que al

primero ya los años le pidieron el retiro y los siguientes no cumplían con los requisitos. Fue entonces que en el 93 Leonel decidió casarse e irse por su cuenta a ese otro campo. Por su cuenta es un decir, seguíamos trabajando juntos, pero él se encargaba de aquel tambo y Keko y yo del de casa, y así seguimos peleándola.

En 1994 mi viejo nos dejó de forma imprevista, una meningitis nos lo robó sin mediar palabras. Fue todo muy rápido. Ahora debíamos continuar por nuestra cuenta y Leonel, el de las constantes discordias, tomó el liderazgo, situación que acepté sin inconvenientes, a sabiendas de que debía recibir sus órdenes. Sergio ante una discusión siempre le daba la razón, así que tenía que aceptar y callar. Aunque mucho no callaba, motivo que complicaba el panorama, pero fue en el mismo velorio de mi viejo que un hombre nos habló y nos dijo: “Si quieren andar bien, dejen las diferencias, tiren para el mismo lado y no permitan que nadie intervenga entre ustedes; en especial sus esposas, manténganlas al margen de sus negocios, de su relación”.

Así fue que arrancamos, o seguimos. Decidimos comprar una vivienda en el pueblo para mi vieja. Nuestra situación económica no era la mejor pero tuvimos la posibilidad de encontrar una casita vieja para refaccionar de a poco. Hicimos una venta importante de vacunos para ese fin, la más grande que habíamos hecho hasta entonces. Para nuestra mala suerte, la feria a la que le vendimos quebró y el dueño se suicidó. La posibilidad de cobrar fue nula, el panorama se teñía de negro: la casa ya estaba comprada y con una seña. Luego de hablar entre los tres, se llegó a la decisión de decirle al dueño que no podríamos pagarla, que desharíamos el negocio, pero el dueño, don Raúl Brigna, una excelente persona, nos dijo que la conserváramos y que se la fuéramos pagando como pudiéramos. Y así fue que lo hicimos, lejos quedó el plan de restaurarla, allí quedaría por el momento.

En marzo de 1996 decidimos con Fátima (Faty para la familia), luego de 5 años de novios, unirnos en matrimonio. Viviríamos en la misma casa, con mi vieja, Olga y Keko. La relación ente Faty y mi familia era buena, excelente con mi madre. Ese dicho que señala que la suegra y la nuera no se llevan bien lo dejaron por tierra, más cuando en el 98 nació mi primera princesa, Dayana: le enseñaba a Faty qué hacer con la niña, a ella no le molestaba y mi vieja se sentía feliz.

Dicen que “quien se casa, casa quiere”, y tres años después, la segunda princesa hacía saber que estaba en camino: Aylén. Con la ayuda de mi suegro empezamos a refaccionar la casa de mi vieja para así tener nuestro propio lugar. Sergio y Olga se fueron a vivir con mi madre y nosotros nos quedamos solos, se sentía raro, lindo pero raro, era la primera vez que nos encontrábamos en nuestra casa.

Luego de eso las cosas no anduvieron de lo mejor, con Leonel ya la situación se ponía insostenible y con aquella mujercita la relación se estaba tornando muy densa. Quizás éramos los dos muy jóvenes al momento de decidir vivir una vida juntos y yo quería tener mis momentos de libertad, algo que ella por lógica no aceptaba. El clima era raro, hasta se habló de



separación, creo que no fue en serio, pero el tema retumbaba. Yo no me daba cuenta de lo que tenía y no le daba la importancia que se merecía. No había maltratos, pero mi atención no estaba 100% en mi mujer y en mis hijas, como debía ser. Durante dos o tres noches por semana me juntaba con amigos a jugar al fútbol o me iba de viaje algún fin de semana, para por ejemplo asistir a carreras de autos o algo similar. Ellas quedaban solas y una vez Day, con 5 o 6 años, me preguntó: “¿Por qué no estás nunca en casa?”. No supe qué responderle...

PARTE III

EL ACCIDENTE

•••

Entonces, sucedió algo inesperado una tarde de noviembre de 2007. Faty y las niñas no estaban en casa, yo me encontraba solo, trabajando con una máquina desmalezadora, y quiso el destino o no sé qué o quién, que, en un descuido, me arrimara demasiado al artefacto estando en marcha. Una correa que patinaba desde hacía ya toda la tarde me sacaba la paciencia y un amigo me recomendó pasarle un producto para que no patine. También me dijo que tuviera mucho cuidado con mis manos al hacerlo, que pusiera el tractor en bajas revoluciones y con mucha precaución le aplique ese producto por toda la correa. Fue así que me súper concentré en mis manos y me fui acercando demasiado, olvidándome de las cuchillas que giraban a la altura de mis pantorrillas. Un golpe en mi pierna derecha me hizo saber que estaba en problemas, me desestabilizó y empecé a caer debajo de la máquina. Atiné a sostenerme, pero fue en vano, pasó todo muy rápido, en una fracción de segundo. Tuve el tiempo suficiente para pensar en que las cuchillas eran implacables, que no había vuelta atrás, que seguramente no saldría de esa. Podía sentir la vibración en el

momento en que iba tragando mi cuerpo sin atinar a hacer ni lo más mínimo. No había posibilidad de que nadie la detuviera. Como dije antes, el destino o no sé qué o quién quiso que no fuese así: sentí un ruido y la máquina se detuvo. Al estar a bajas revoluciones, no pudo con mi peso y eso hizo que se saliera la correa. Paradójicamente la que me había puesto en esa situación, ahora me ayudaba a “zafar” interrumpiendo el funcionamiento del dispositivo.



Mi intuición me dijo que seguramente tendría quebraduras, pero el dolor no era tanto como para eso, no más que el de una patada de los martes jugando al fútbol. Quise salir de abajo y no pude, miré a mi costado y una de las cuchillas estaba incrustada unos 20 centímetros por debajo de la cadera. Al sacarla, sentí cómo el metal se deslizaba sobre mi fémur: ahí sí supuse que estaría fracturado. Lo primero que hice fue flexionar la pierna y para sorpresa no noté nada, ni dolor ni nada raro. No estaba fracturado, al menos no ahí, entonces intenté salir de debajo de la

máquina y no pude. Volví a intentarlo y de nuevo no lo conseguí, algo no estaba bien. Desde la posición en la que había quedado, acostado boca arriba entre las cuchillas y la rueda, no podía ver mis piernas. Me tomé del chasis de la máquina y me senté para ver qué era lo que no me dejaba salir de ahí... Mis piernas desde las rodillas hacia abajo estaban destrozadas, tengo esa imagen en mí grabada a fuego. Miles de cosas pasaron por mi cabeza, pero la primera y más duradera fue la imagen de mi mujer y mis hijas, ¿qué iba a ser de ellas, de mí, de nosotros...? Estaba solo, nadie ni siquiera sospechaba lo que me estaba pasando, ¿cómo salir de esa situación...?

Pese a lo mal que me llevaba con él, a la hora de llamar a alguien que pudiera ayudarme, no sé por qué, Leonel fue el primero en venir a mi cabeza. Él, mi hermano, ¡y yo pensaba que nos odiábamos mutuamente! Quiso Dios que estuviese el celular a mi alcance y así pude pedir auxilio. También quiso Dios que en ese preciso momento justo se encontraba con mi esposa, y entonces juntos pudieran venir a mi rescate...

La situación no era la mejor, inmediatamente me di cuenta de que mis piernas ya no servían, por lo menos una. Inexplicablemente me invadió una tranquilidad que aún hoy no puedo explicar. El mayor riesgo, obviamente, era desangrarme, pero no sucedió por el hecho de que, pese a tener ambas piernas prácticamente amputadas, NO EMANARON SANGRE; quizás ayudado por esa extraña tranquilidad no atiné a moverme, y eso haya colaborado para no sangrar.

Luego de un tiempo de estar allí, llegó por casualidad mi suegro, que al verme me preguntó qué hacía ahí abajo, a lo que respondí con un seco:

—¡Me agarró la máquina!

Como soy de hacer toda clase de bromas, él no lo creyó y me dijo:

—Dejá de hacerte el bol... y salí de ahí.

Le repetí que era verdad, que no era broma, entonces se acercó y, al ver mis piernas, se sorprendió y entró en una especie de ataque de nervios o de pánico, o no sé qué. Le expliqué que ya estaban llegando mi hermano y mi esposa, le pedí que se tranquilizara. Ni bien lo hice, me di cuenta de que yo no estaba en posición de calmar a nadie. Increíblemente mi tranquilidad continuaba, así que le pedí que pusiera algo debajo de mi espalda, ya que me hallaba sin remera ni nada que me cubriera y las espinas me estaban maltratando. Digo esto para que vean que mi dolor en las piernas era secundario. También le di las instrucciones para que parara el tractor y cerrara el contacto, sin darme cuenta de que la toma de fuerza del equipo seguía en marcha y que hubiera podido pasar otro accidente cuando subió al tractor. Por suerte no sucedió.

Mi hermano y mi señora no tardaron en llegar al rescate, si bien sabían que algo malo me estaba pasando, no imaginaron la magnitud. Al verme no sabían qué hacer. Mi señora le pidió a su padre que la acompañara hasta la casa a buscar un colchón para llevarme en la parte de atrás de la camioneta. Como el panorama era difícil, no había tiempo y ni siquiera alguien se acordó ni de ambulancias ni de bomberos. Me cargaron como pudieron y de allí fuimos derecho al hospital de mi pueblo, donde solamente tenían los medios y los conocimientos para los primeros auxilios. Entonces de ahí sí me trasladaron en ambulancia a la ciudad más cercana que dista a casi 80 km. Las caras de los médicos,

enfermeras y familiares no me alentaban mucho, pero yo seguía invadido por esa tranquilidad. En el trayecto, que duró aproximadamente una hora, no hubo diálogo ni con el médico ni con el enfermero, solamente recuerdo haberle preguntado al doctor: “Está fea la cosa, ¿no?”.

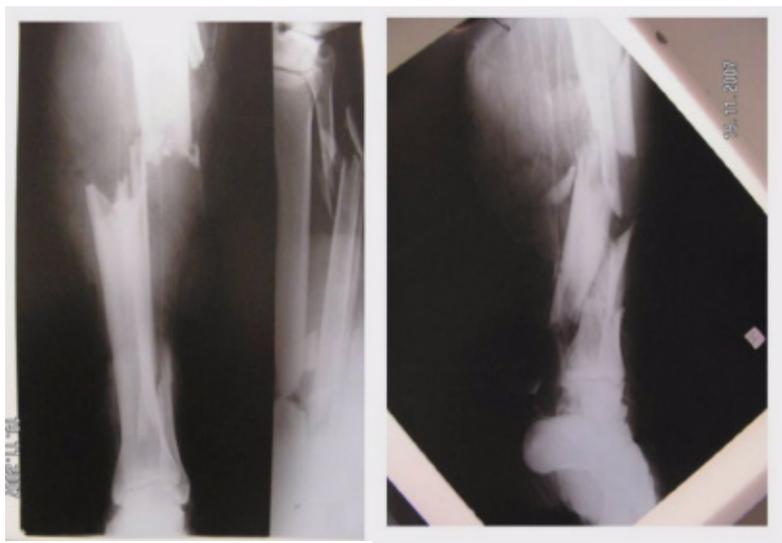
Se limitó a asentir con la cabeza con un gesto preocupante.



Como increíblemente no tenía el gran dolor que ameritaba la ocasión, decidí intentar dormir, ¡qué sé yo! Quizás con la idea de que al despertar todo hubiese pasado, pero no me lo permitieron, me mantenían despierto.

Llegamos al hospital y de ahí fuimos directamente al quirófano. Siguiendo la ambulancia habían viajado mis suegros con Faty, ya que no le permitieron a mi señora acompañarme; mi hermano y una de mis hermanas, Marta.

Antes de entrar al quirófano, pedí hablar con mi mujer y accedieron, eso me preocupó un poco: ¿era como el último deseo, quizás? Quería hablarle para que estuviera tranquila, decirle que estaba todo bien, bah, dentro del panorama en sí. Confieso que esperaba verla desesperada, alterada, nerviosa... pero no, estaba tan o más tranquila que yo. Entonces simplemente le dije: “Tranquila, estoy bien. Ni me duele siquiera”.



Me contestó con una sonrisa. Luego de eso ya sí me llevaron los médicos y en el trayecto hacia el quirófano me dijeron que estaba complicado, que era muy probable que debieran amputar, ante lo cual, si se puede decir, ya me había resignado, y me limité a señalarles que hiciesen lo que tuvieran que hacer. Recuerdo que uno me dirigió una sonrisa paternal y me palmeó en la cara, de ahí en adelante mi memoria se vuelve confusa. Sé que estuve tres días en terapia intensiva y que en la operación tuve dos momentos críticos en los cuales los médicos pensaron que no me iban a poder sacar, a tal punto que salieron a explicarle a mi familia que estaba todo muy complicado. Pero bueno, salí, y al despertar no me sorprendió para nada la noticia: “Tuvimos que amputarte ambas piernas, debajo de las rodillas”.

COMIENZA EL CALVARIO

•••

Los días siguientes están un poco confusos en mi cabeza, como recuerdos borrosos, y se lo atribuyo a la gran cantidad de calmantes que me administraban, y quizás también a alguna droga para tenerme tranquilo, ya que los dolores ahora sí se hacían insoportables. Recuerdo a Faty entrando a verme en la terapia, con esa tranquilidad de la que les hablé. Las visitas de mis hermanos: Sergio venía junto a su señora Paola y Leonel que entraba pero al faltar unos metros para llegar a la cama, contenía el llanto y pegaba la vuelta para irse, je. También venían a verme mis amigos: David, Miguel; y mi suegro Víctor. Todos trataban de minimizar la situación y hasta bromeaban. Me gustaba hacerlo para incomodarlos a ellos, sin maldad, solo para que luego nos riéramos de lo que había pasado, como cuando le dije a mi suegro:

—¿Llegaré para jugar al fútbol el martes?

Si bien sabía que estaba bromeando, no pudo dejar de ponerse incómodo, palidecer y expresar:

—Mmm, no creo.

Recuerdo a las enfermeras, esas increíbles personas preparadas para estos casos, que no paraban de bromear. Cuando me afeitaban, sin que me diese cuenta, me dejaban bigotes para llamarme “el zorro”. Fueron días relámpago, se me pasaron casi en minutos, tal como el resto del mes que estuve en la habitación del

hospital. De allí, también me quedaron muchos recuerdos, de los lindos y de los otros: las primeras curaciones eran tremendamente dolorosas ya que al tener infección en las heridas no había anestesia que hiciera efecto. Con un bisturí sacaban en carne viva lo feo de dichas heridas y esto hacía el momento insoportable, casi llegué a pensar que morir era lo más fácil para evitar ese dolor. Lo aguanté dos o tres veces hasta que dije basta. Ya nadie me iba a tocar las heridas, un doctor, que más adelante volveré a nombrar, haciendo gala de su experiencia, trayectoria, autoridad o no se qué, me dijo muy poco sutilmente:

—Si no te dejás curar, se te pudren las patas.

A lo que respondí, menos sutil aún:

—Que se pudran, usted no me vuelve a tocar.

Un poco molesto, me anunció:

—Bueno, entonces te vamos a tener que dormir y listo — pensando en que me iba a asustar, creo; pero fue la mejor noticia en días.

—Ningún problema, me duerme y hace lo que quiera; consciente no me toca más.

Así fue que durante las jornadas siguientes, día por medio, me llevaban a quirófano y me dormían para curarme, advirtiéndome que no era bueno para mi hígado, pero les pedí que siguieran hasta donde aguantara. El efecto de algunas drogas usadas para dormirme (nunca eran las mismas) me hacía viajar, me sentía en otro mundo, volaba, no era yo. De a ratos era un arco iris, me transformaba en burbujas que explotaban y caía al vacío, inconsciente y todo, me decía: «¿Morí? ¿Esto será morir?», hasta creo que sentía alivio. No quería irme y dejarlas solas a mis niñas y a mi esposa, pero ya no aguantaba más. Una bofetada de algún doctor me despertaba y volvía a la realidad... la dura realidad.



La infección no mermaba y hasta el olor que se sentía me lo hacía saber, aunque cuando le preguntaba a Faty si lo percibía, me lo negaba. Yo soy muy terco y no me hacen cambiar de idea tan fácil. Sin embargo, como les dije, estaba bajo los efectos de las drogas, lo que me hacía dócil y optaba por callar. Con el transcurso de los días ya no lo ocultaron y lo hablaban delante de mí: la situación se complicaba y, si bien en ese momento no me di cuenta, se acercaba la opción de amputar ambas piernas por sobre las rodillas, como única forma de parar la infección. Mis hermanos y Faty barajaron la posibilidad de llevarme a Córdoba capital o a Buenos Aires, para ver otras opciones, pero en mi estado no era recomendable moverme de donde estaba. Entonces, trajeron desde allá a un calificado infectólogo para que me viera. Debieron pagarle el pasaje en avión más honorarios, por supuesto, pero estábamos agradecidos de que viniese a verme. Al observarme alimentó esperanzas: el tratamiento que estaba recibiendo no estaba mal, aunque con una dosis muy pequeña, si mi cuerpo

lo toleraba, había que atacar con todo, y así se hizo. No sé cuantos días pasaron porque no puedo recordarlo, aunque sí recuerdo la cara de alegría del Dr. Julio Suescun, quien estaba más pendiente de mí, al decirme al despertar, después de haberme llevado a curar, que la infección estaba aflojando, que aparentemente estábamos ganando la batalla. Si digo que me alegré miento, yo no estaba en estado de diferenciar lo súper malo de lo súper bueno, pero sí me alegraba al ver que las curaciones en el quirófano se distanciaban y ya no eran tan seguidas. Lo mejor era ver la cara de Faty, estaba contenta...

Pasaron 7 o 10 días en los que la estadía era más “placentera”, los dolores de a poco mermaban, las ideas se iban aclarando, aunque cuanto más se aclaraba mi cabeza, más oscuro veía el panorama. Todo se disipaba cuando venían a verme los amigos, parientes y quiénes mejor que ellas: mis niñas, Day y Aylén... Pero cuando todo el mundo se marchaba, parecía que entraba una niebla en la habitación, todo se volvía oscuro, mi cabeza no paraba, solo un rayo de luz emanaba desde Faty, que estaba ahí, a mi lado, sin dejarme un segundo. A pesar de que yo le mentía y le decía que quería que se fuera a descansar, no lo hacía, dormía ahí, a mi lado. Solo se ausentaba un rato para ir a bañarse o a comer algo y yo no veía la hora que volviera, no quería estar ni solo ni con nadie más, la quería a ella...

Una vez que pasaron 20 días aproximadamente, su hermano Javier, con quien yo no tenía mala relación pero tampoco era de las mejores, hizo las veces de reemplazante cuando Faty se iba. Estuvo todo el tiempo que duró mi internación pendiente de mí y era cómplice para ingresar comida, ya que la dieta del hospital se me hacía incomible, si bien contaba con cierta preferencia porque una nutricionista se había acercado para decirme que



eligiera lo que quería comer, y que me daba la libertad de hacerlo. Ni recuerdo qué le pedí, pero siguió siendo incomible. Así fue que le pregunté a Javier si había algún restaurante o parrilla cerca y me dijo que sí, entonces le pedí que me trajera un asado y así lo hizo. Fue el asado más rico que comí en mi vida, con chorizo y morcilla incluida, a escondidas de los médicos, hasta que de improvisto entró uno y me agarró con las manos en la masa. Lo miré y no atiné a decir nada, se sonrió y me preguntó: “¡Ja!, ¿no querés una hamaca paraguaya, también?”.

Desde entonces, Javier me traía la comida escondida en su mochila.

De algo estaba seguro: jamás volvería a caminar. Tantas preguntas me atormentaban: «¿Qué iba a hacer? ¿Sería una carga toda la vida para todos los que me rodean? ¿Estaría condenado a una silla de ruedas?». No, no quería eso. No estaba seguro de cómo podía solucionarlo, pero no sería así.

Una tarde, entre esas preguntas, con los ojos llenos de lágrimas vi que había entrado un señor a mi habitación, «un pariente», pensé, y lejano, porque no lo conocía. Venía con un bastón en la mano, sin usarlo, solo lo traía. Se presentó como Carlos Dalmaso, se sentó en la cama que estaba a mi lado y empezó a explicarme que él también había pasado por lo mismo que yo, que a él también le faltaban las piernas, y comenzó a sacarse sus prótesis para mostrármelas. ¡No podía creer lo que veía, y estaba caminando! Entró por esa puerta, ¡y yo ni noté que le faltaban las piernas! Jamás escuché lo que me dijo, estaba atónito viendo sus piernas y mi cabeza viajaba a mil por hora, mi corazón latía como pocas veces, era tan raro ver que tenía mi solución ahí, al alcance de mis manos. Desde ese día cambió mi forma de pensar: saldría adelante, volvería a caminar. «Si lo hace este viejo» me dije a mí mismo, «¿por qué no voy a poder yo?». Sentí que el corazón se me escapaba, los ojos me ardían, temblaba, las venas en mi cuello martillaban, quise llorar, y no pude...

PARTE IV

EL REGRESO

•••

Después de casi un mes, una mañana entraron varios doctores a verme, en realidad no me gustó para nada la situación, pero ya me venía acostumbrando a todo y nada me asustaba, excepto una cosa que no esperaba aún: “Ya te podés ir a tu casa”, me dijeron sonriendo.

Fue una mezcla de alegría, miedos, sensaciones raras, pero sí, estaba feliz de volver con mis niñas, ninguna droga podía evitar que las extrañara.

Faty, que había estado todo el tiempo conmigo, en ese preciso momento había bajado no sé a qué. Me desesperé por irme, llamé a cuanto teléfono pude para decirle que me iba a casa, a tal punto de que ella se enteró antes de llegar a la habitación. La llamé a Marta y le dije que viniera a buscarme, lo antes posible. No quería molestar, pero en ese momento no me importó nada, quería volver a casa, con mis niñas.

Marta llegó al ratito y todo estaba listo para el regreso. Nuevamente, me martillaban las venas, pero esta vez no tenía

ganas de llorar, estaba feliz. Me inyectaron algo para que soporte el viaje y salimos. No puedo describir la sensación que me inundó al salir a la calle, el viento en mi cara fue lo más lindo que sentí en años. Aire puro, fresco, pese al tremendo calor que hacía, respiré hondo muchas veces. No sé si alguien lo habrá notado, pero llené mis pulmones muchas veces, ¡qué bien se sentía!



Marta iba a ser, de ahora en más, mi doctora, enfermera, psicóloga y todo lo demás. Fue la encargada de curarme las heridas todos los días. Ella es la enfermera de la familia, la responsable de estos casos. Aunque nunca había tenido que lidiar con lesiones tan extremas, aceptó el reto, escuchó atenta los consejos de los doctores, las instrucciones de cómo curarme cada día, y así lo hizo.

Otras imágenes que tengo grabadas a fuego son del momento en que iba entrando al campo, el cuadro de la casa, ver a las niñas saltando de alegría, correteando felices porque yo regresaba.

Quise decirles que se detuvieran un rato, quería ponerme a llorar ahí mismo, desahogarme y que no me vieran, pero de nuevo no pude, no quise...

Mucha gente venía a verme, pese a que Marta y Faty restringían un poco las visitas, igual era una constante procesión de gente entrando y saliendo, lo que me hacía muy bien, me agradaba mucho eso. Fui aprendiendo a diferenciar quiénes venían porque me apreciaban de quiénes lo hacían solo para cumplir o por obligación. Tampoco faltaron aquellos curiosos, que se acercaban para enterarse bien de todo lo sucedido y hacer gala de buenos samaritanos. Así y todo era agradable estar con gente, y agradezco a cada uno que se tomó el tiempo para visitarme, aunque haya sido un ratito, ese ratito fue mucho más llevadero. Fue agradable cada mañana antes de levantarme esperar a Marta para las curaciones. Era una hora o más de *spa*: me quitaba las vendas y mientras me curaba percibía una extraña sensación de mimos en mis piernas, esas que habían sido tan maltratadas en el hospital, esas que no tenían descanso y que en cada ingreso al quirófano volvían sangrando y adoloridas. Las mismas que al escuchar el ruido del carrito de las curaciones empezaban a contraerse y a tener espasmos involuntarios, por miedo, sabían lo que se acercaba. Muy pocos tenían paciencia para quitar las vendas, lo hacían de un tirón para que doliera una sola vez y eso era terrible. Solamente un médico residente, el Dr. Diego Alcaraz, era el único que se apiadaba. Con mucha paciencia mojaba las vendas con agua oxigenada o solución fisiológica y dejaba que se cayeran solas, sin dolor. Pero no siempre era él quien llegaba. Cuando estaba en casa, Marta lo hacía, con toda la paciencia del mundo. En el momento en que paraba el auto frente a mi ventana, mis piernas, al principio, empezaban con esos espasmos. Luego de

algunos días, fueron calmándose. Como si tuvieran vida propia, no dependían de mí, parecían comprender que lo más doloroso ya había terminado, y de a poco dejaron de temblar.

Por su parte, Olga se encargaba de supervisar que no faltasen los remedios, los apósitos estériles que ella misma armaba y esterilizaba cada semana, y todo lo necesario para las curaciones. Ella era la que llevaba el control si había fiebre, y anotaba todo estadísticamente para luego mostrarle al doctor.

Los calores insoportables de las siestas no impedían que Javier Medici, un amigo que tuvo un papel muy importante del que más adelante les voy a contar, viniese a verme todos los días, pese a la disconformidad de su esposa y de Faty, que no le mostraba buena cara. Por las noches, David venía a jugarme unos partidos en la *Playstation* y los domingos a la tarde esperaba a Peco que se hacía un tiempito para venir a verme. Así, cada uno cumplía su rol y todo se hacía más llevadero, aunque cuando se iban la realidad me pegaba muy fuerte, me sentía más solo que antes...

Fueron momentos durísimos: estar en casa y sentirme un extraño a la vez, no era yo, no podía hacer lo que antes hacía, si hasta para ir al baño dependía de mi mujer, para encender la tele necesitaba la ayuda de mis bellas niñas, quienes se habían convertido en mis dos ángeles de la guarda. Se me llenaban los ojos de lágrimas al ver a las tres tan dedicadas a mí, al punto de que un día pensé que yo era una carga, una carga demasiado pesada, que ninguna de las tres merecía llevar. Entonces, fue así que tomé la decisión de que había que terminar con esto, tenía que liberarlas de mí, de esa carga.

Una calurosa tarde de enero, mi mujer salió de casa a hacer las compras y me quedé con mis ángeles. Ellas disfrutaban de la

pileta de lona, era el momento. Amante de las armas, tomé en mis manos una escopeta calibre 12/70, infalible en un disparo a corta distancia. Antes, me asomé a la ventana para verlas, desde allí, desde lo que era mi destino: mi silla de ruedas. Quería llevarme en mis retinas, o donde sea, esa imagen: la de mis niñas jugando felices, riendo y disfrutando de su corta vida. En ese instante algo pasó en mi cabeza que hizo un clic: no podía encima de todo quitarles eso. Me di cuenta de que ellas eran felices, pese a todo me tenían y estaban felices, me sentí egoísta, cobarde y un montón de cosas que no puedo explicar. Entonces ahí sí pude: lloré. Lloré como pocas veces lo hice en mi vida. Alcancé a guardar el arma y ellas entraron a ver qué hacía yo. No sé si sospecharon algo, pero me dieron un beso cada una y me preguntaron: “¿Estás bien?”. ¿Cómo no estarlo?, si las tenía a ellas. Les dije que estaba todo bien y que volvieran a jugar.



En ese mismo momento me propuse salir adelante, me di cuenta de que lo tenía todo: la mejor mujer del mundo, las mejores hijas, los mejores hermanos; todo para salir de esa silla. Si no lo lograba era simplemente porque no quería, y si no lo hacía terminaría defraudándolos a todos, quedaría como un cobarde y yo no quería eso. Quería demostrar que sí podía.

Ese duro momento fue como haber tocado fondo, o al revés, haber llegado a lo más alto de mi desesperación. Desde allí en adelante, de a poco la situación empezó a tomar otro color, y hasta pienso que todo el mundo lo notó. Algo cambió desde entonces. Mi suegro, Víctor, con maderas de pino amachimbradas me construyó unas rampas para que pudiera entrar y salir de la casa con la silla a mi antojo, y parece poco, pero poder ir afuera a tomar sol o disfrutar del aire sin tener que pedir que me llevaran fue algo grande. Tan grande como cuando mi amigo Javier Medici, que tenía un taller de chapa y pintura para automotores, sin que nadie se lo pidiera realizó una serie de adaptaciones en el baño para que no tuviera que depender de nadie. No les puedo explicar la sensación de ir al baño o bañarme por mis propios medios sin asistencia alguna, a tal punto de llorar bajo la ducha por minutos, pero no de tristeza, ni sé por qué, de ganas de llorar, de alivio, de descarga, no sé... Me sentía grande, importante, al igual que cuando ese viernes a la mañana Javier se llevó mi auto en contra de mi voluntad para adaptarlo. Yo no quería, pero igual lo hizo: ¡por la noche me lo trajo con una palanca especial para que pudiera manejarlo! Llevaba meses sin hacerlo, fue algo maravilloso: salir a dar una vuelta en auto yo solo, sin que me llevaran. Ya con eso ya era el rey del mundo, ya me conformaba con vivir así. Pero no, faltaba algo más: demostrarles a todos los que me ayudaban que no era en vano lo que hacían, que yo podría más aún.



Comencé a sentirle otro gusto a la vida, a querer vivirla de forma distinta, disfrutando de cada minuto con mis hijas, con mi mujer, de lo que realmente me gustaba, ya no hacer nada más para quedar bien o por obligación, solo hacer lo que me agradara. Vendí mi moto y compré un cuatriciclo que también adaptó Javier. Disfrutaba de salir en las tardes soleadas de invierno, sentir el sol y el viento en la cara. Nadie estaba de acuerdo, mis heridas aún no cerraban y yo quizás abusaba de mi “libertad”. Sin

embargo, mis piernas vendadas no eran obstáculo para bajarme gateando en la casa de mi vieja, o al abrir la tranquera del campo de mi primo Alberto a quien iba a visitar. Gatear me daba una libertad extra. A todo el mundo le incomodaba verme, y a mí me molestaba que me vieran, así que trataba de hacerlo cuando nadie veía, pero si alguien lo hacía tampoco le daba mucha importancia, había quedado así, así era ahora yo.

PARTE V

ALGO PARA HACER

•••

Flavio y Rita tuvieron un papel muy importante en aquel tiempo. En nuestra ausencia se hicieron cargo de que las niñas no extrañaran, o lo hicieran lo menos posible. Aún no tenían hijos y adoptaron a las mías como propias, a tal punto de que las niñas los llamaban “sus segundos papás”. Cuando ellas me visitaban en el hospital, me contaban que jugaban con Flavio, que peleaban con Rita, y lo hacían con alegría. Eso me daba la tranquilidad de que ellas, pese a todo, no estaban, o no se sentían solas, al menos. Ellos las malcriaban, las mimaban y les daban todos los gustos, casi como si fuéramos nosotros, o seguramente mucho más, estaba bien, ellas se lo merecían; les habían arrebatado a sus papás sin previo aviso. Aquella tarde del accidente, las niñas no entendían qué estaba pasando y nadie les contaba nada. Observaban que sus tíos hablaban bajito para que no pudieran escuchar, veían a la abuela llorar, pero les decían que todo estaba bien. Y no, ellas sabían que nada estaba bien. Day con sus 10 años era más consciente de lo que pasaba, Aylén con sus 7, no tanto, entonces era la encargada de indagar y Day escuchaba. Por

las noches, cuando el silencio y la oscuridad hacen preguntas, Day rompía en llanto y ahí estaba Rita para dar explicaciones pero sin palabras, simplemente con contención. La pequeña no entendía mucho, y era más directa: “¿Mi papá se va a morir?”.

Esta pregunta hacía que Rita sí tuviera que dar explicaciones con palabras y con llanto contenido. Flavio se encargaba de jugarles y cansarlas para que duerman, pero eso nunca pasaba, él se dormía primero. Ellas lo pasaban bien, o al menos mucho mejor...

Fue Flavio quien me dijo que debía buscar algo para hacer, algo para pasar el tiempo, para matar esas horas del día que eran interminables. Cuando lo único que no paraba era la cabeza, lo demás parecía detenerse: el tiempo, los recuerdos, las ganas, la alegría. El día ya no tenía 24 horas, era eterno, y ni qué hablar de las noches: a todo lo demás se le sumaba la oscuridad, el silencio, el saber que nadie llegaría. Ni siquiera el sueño, ese que yo creía que al dormir me daría un poco de paz, pero no. Cuando se hacía presente, no sólo no me daba paz, sino que me recordaba todo en forma de pesadilla, una pesadilla que era real, porque al despertar seguía ahí. Miraba el reloj y sólo habían pasado minutos, que en el sueño me habían parecido una eternidad. Esos instantes me mostraban las mil formas de apretarme las piernas: me las pisaba un camión, se les caía una columna encima, me las devoraba un león o un perro, se incendiaban y nadie hacía nada; allí estaba con mis infiernos... Hasta mis sueños habían cambiado, si hasta dormirme me asustaba y el despertar... el despertar era cruel porque no sentía el alivio de abandonar una pesadilla, era extraño salir de una e ingresar en la otra, la verdadera, de la que sabía que no iba a detenerse con un sobresalto...

Como dije, fue Flavio quien me señaló lo que yo inconscientemente ya sabía, debía hacer algo para matar, o al menos

menguar, esas pesadillas: ocupar mi mente, mi cuerpo. Pero, ¿qué hacer?, si me sentía inútil. Surgió la posibilidad de adquirir una máquina de hacer trapos de piso, me entusiasmé con la idea, podía ocupar mi tiempo y, a la vez, podría ayudarme económicamente. Aunque no nos faltaba nada porque Leonel siguió manteniéndome dentro de la sociedad, había cosas que se necesitaban para tratar de que todo se viera normal. No quería abusar de los gastos que no eran menores, así fue que viajamos con Marta y Henry a Córdoba a buscar esa bendita maquinita que, según quien me la vendió, trabajaba sola. Solamente necesitaba supervisión y las ganancias serían abultadas. Estaba contento, me sentía independizado. No veía la hora de ponerme a trabajar. Llegamos tarde, casi era de noche y mi adrenalina hizo que quisiera ponerla en marcha inmediatamente. Quería pasar la noche haciendo trapos de piso, pero... la máquina no lo aceptaba, se rehusaba a trabajar. Me dijeron que fuera a acostarme y que al día siguiente empezara con tranquilidad. Acepté a regañadientes y lejos de dormir, pasé todo el tiempo pensando en qué me equivocaba, por qué no andaba, ¿qué debía hacer? Quería levantarme para intentarlo, pero no, los demás dormían y no era nada silenciosa.

Esa noche fue más larga que las otras. El sol se demoraba en aparecer y yo quería ir a pelear con esa máquina. Encima, cuando amaneció, debía esperar a que Marta viniera a curarme antes de levantarme. Mis nervios volaban... así que llegó, me curó y no hizo falta, como todos los días, que me peleara para que me levante: salté de la cama (bueno, es un decir) y ni siquiera desayuné. Volví a trenzarme en lucha con aquella máquina, que seguía rehusándose a trabajar. No fui ni a almorzar, situación extraña en mí. Cuando llegó la noche, en todo el día sólo había

hecho 10 trapos de piso, de los supuestos 100 o 150 que debía hacer en 8 horas de trabajo. Me frustré, y mucho. Me sentí triste, agotado, inservible otra vez. Había gastado demasiado en esa máquina al gusto, movilicé gente y les hice perder tiempo y dinero, por nada. Casi sin comer me acosté, pensando en qué estaba haciendo mal, hasta que me dormí. De repente sentí una bocina que me despertó. ¡Era Marta que llegaba a curarme! ¿Qué?, ¡había dormido profundamente y los demonios ni aparecieron! La noche había sido cortita y el sueño placentero, reparador. ¡Hacía meses no pasaba! Entonces me di cuenta de que no recordaba cómo había pasado el día anterior. ¡En minutos había pasado el día y también la noche! Caí en la cuenta de que el dinero y el tiempo invertidos habían valido la pena, aunque sea para esa sola noche y ese solo día. Me había dormido odiando aquella máquina y desperté amándola. Mi humor había cambiado: advertía que el sol brillaba de otra forma. Creo que en ese momento me di cuenta de que empezaba otra vida, después podría comprender si era mejor o peor, pero era otra, y decidí hacerlo con entusiasmo. Volví a trenzarme con la maquinita, que de a poco pasaba de negarse a funcionar a parecer que me guiñaba un ojo, que me daba un respiro y me consentía. Ya los días eran más cortos y por las noches podía dormir. Fue muy importante lograr hacer esas cosas. Luego, salía a vender los trapos por el pueblo y por los pueblos vecinos. Hablaba con todos, me gustaba poder conocer gente. Tanto mi carácter bromista como estar de buen humor colaboraban mucho en la interacción. Había empezado a gustarme ese nuevo camino ya que no solo me ayudaba económicamente, aunque muy poco, sino que permitía que me sintiera bien, me encontraba ocupado, servía para algo...

PARTE VI

OTRO GOLPE

•••

Ya todo parecía tomar su rumbo, las cosas empezaban a acomodarse, o yo a adaptarme. El panorama no se veía tan oscuro, solo debía esperar a que cerraran las heridas para comenzar a caminar con las prótesis. El Dr. Suescun me propuso que hiciera una consulta con otros médicos más capacitados. Él reconoció no contar con mucha experiencia en casos como el mío, pero yo me sentía bien y cómodo, no tenía necesidad de consultar nada, solo esperaba que esas heridas cerrasen. Todo parecía ir bien.

Tanto Carlos Lanser como su hijo, que había sido amputado de una sola pierna, viven en mi pueblo y siempre se preocuparon por mí, alentándome, despejando dudas y ofreciéndose para lo que fuera. Eran excelentes personas y, además de a Dalmasso, les preguntaba a ellos. Ver cómo se movilizaba Carlitos, el hijo, con su prótesis, me alentaba en esta batalla, quería llegar a caminar como él.

Carlitos siempre me aconsejó, y casi me exigía, que no me quedara con los doctores de Río Cuarto, o que, al menos, hiciera otra consulta en Buenos Aires, pero yo era terco y estaba cerrado

a todo tipo de consejos. Aparte, como ya dije, me sentía bien, solo esperaba que cicatricen las heridas, circunstancia que se estaba haciendo esperar.

Una tarde-noche, estaba dispuesto a disfrutar de un asado en el taller de Javier cuando me llamó Carlitos para decirme que en su casa estaba el doctor de Buenos Aires, que lo había salvado y con quien se hallaba realmente agradecido, a tal punto de que son muy buenos amigos y se visitan a menudo. Me propuso que fuera hacia su casa para que el médico pudiera verme. No estaba de acuerdo con la proposición, pero ante su insistencia y al sentirme en cierta forma en deuda con él, fui.

De mis heridas provenía una especie de agua, algo normal para mí ya que siempre lo había hecho. Antes de terminar de quitarme las vendas para que me viera, el doctor, sin revisarme siquiera, me adelantó que tenía infección en las piernas. Yo le señalé que estaba equivocado, que esa agua era normal, (dándome gala de tener conocimientos facultativos). El médico me aconsejó que al otro día me hiciera unos análisis de rutina, para verificar aquello de lo que él ya estaba seguro. Efectivamente, tenía infección en ambas piernas. Ninguno de los médicos que me atendían y seguían mi proceso lo había notado.

Continuamos con una serie de estudios para identificar bien el foco de infección y saber con qué bacteria estábamos lidiando. Resultó ser una Osteomielitis producida por una bacteria llamada *Staphylococcus aureus*.

Mi mundo volvía a venirse abajo. Hablaban de operaciones, ¿otra vez volver a eso? En una junta médica, alguien que decía ser doctor, de apellido Furlán (el mismo de las discordias al momento de curarme cuando estaba internado), me dio la nueva.

Casi sin darle importancia a los estudios sobre la mesa, dijo de una forma muy soberbia: “Acá no hay que renegar, tenemos que amputar sobre las rodillas, ambas piernas”.

No puedo explicar lo que sentí, era como si una montaña de piedras se me hubiera caído encima. Mi vista se nubló, oía pero no escuchaba, hasta sentí mi cuerpo adormecido y no pude contener las lágrimas... Era un día miércoles. Y programaron todo para la operación que iba a realizarse el lunes siguiente: quirófano, anestesistas, todo estaba listo.

Ese día, Faty y Marta me habían acompañado a la junta médica y no pudieron dejar de verme destruido. Entonces, mi hermana empezó a insistir en que fuéramos a Buenos Aires, ya que el dicho popular dice que Dios atiende allá. Juro que lo que más me afectaba era la idea de ir allá, estar allá, lejos de todo, en un mundo desconocido para mí y para Faty. Sobre todo, no quería otra vez dejar a mis niñas, no podía. Casi prefería cualquier cosa, y cuando digo cualquier cosa, otra vez había aparecido ese fantasma. Ese que me susurraba al oído y me gritaba a la vez: «ya está, ya basta, no quiero más de esto». Mis hijas volvían a presentarse en escena y sentía entonces que tenía que seguir... Pero, ¿cómo?, ya ni gatear podría. La nueva situación me limitaría a cero, se me terminaba la libertad que había ganado, esa que tomé sin permiso, esa que me permitía casi ser feliz de nuevo. Todo era oscuro, me sentía ahogado, sin aire, entre paredes que se estrechaban cada vez más.

Surgió la posibilidad de consultar con un médico en General Pico (La Pampa), con muy buenas referencias en casos parecidos al mío, pero mis hermanos insistían en ir a Buenos Aires. Tenía que decidir algo lo antes posible, el lunes no se hacía esperar. Logré comunicarme con ese médico y le resumí todo lo que me

estaba pasando. Era tal la emoción de recorrer con palabras mi historia que ni siquiera pude contener el llanto. Me dijo que no me dejara tocar y que fuera a verlo a él lo antes posible, con los estudios. Faty y mis hermanos ya no me permitían elegir mucho, hasta tenía para el viernes un turno que Marta había conseguido en Buenos Aires. No obstante, el jueves partimos hacia La Pampa a ver al Dr. Cuadrelli, con miedo, asustado, temía lo peor: que coincidiera con el diagnóstico de la junta. Es más, ya estaba seguro de que así sería.

La forma amable o casi paternal con la que me recibió este doctor ya cambió un poco el panorama. Se tomó su tiempo para ver todos los análisis, centellogramas, radiografías, el solo hecho que así lo hiciera me daba cierta tranquilidad. Quizás, zorro viejo, solo lo hizo para eso. Si bien el diagnóstico en sí fue el mismo, me habló de una oportunidad, solo una, de intentar amputar un poco más arriba, sin llegar a la rodilla. Era una sola oportunidad, si no lograba quitar toda la infección luego sí, no quedaría otro camino. Me señaló que tenía mucha fe y esperanza en que no iba a hacer falta, hasta que si todo iba bien, ya cerrarían las heridas y no tendría que esperar más. Vi una lucecita al final del túnel, volví a sentir aire, que las paredes, esas que se estrechaban, se detenían por un momento. Marta insistía con ir a Buenos Aires, pero yo no quería. Ir allá era el cuco para mí. Además, algo me decía que estaba en muy buenas manos, me sentía cómodo otra vez. En el momento en que regresé a casa, les comuniqué a quienes me esperaban el lunes, con rabia contenida y con bronca, que no iría. Solo eso, no di ni me pidieron más explicaciones.

Cuando llegó el día de la operación me sentía tranquilo y contenido. El médico me transmitía serenidad, ya que hablaba de lo que estaba sucediendo con una sonrisa, restándole importancia,

incluso me preguntó si era cagón por naturaleza o por mis malas experiencias. Mi respuesta fue que por las dos cosas.

Al finalizar la operación sentía demasiada ansiedad:

—Doctor, ¿qué pasó?, ¿qué pasó? ¿Cómo salió todo? ¿Resultó? ¿Pudo hacer lo que quería?

Con la tranquilidad que lo caracterizaba y esa sonrisa que me daba la mayor de la paz, me dijo:

—No pude cerrarte las heridas de las dos piernas, solo de una. En la otra, por el tiempo que pasó, la piel está muy dura y no pude coserla. Vas a tener que seguir esperando que cierre sola. En cuanto a lo demás, pude hacer todo lo que quería, ahora dejemos que la naturaleza haga lo suyo.

Nuevamente volví a casa, si bien esta vez había sido sencillo y la internación corta, sólo 5 días, tenía el agregado de que debían inyectarme cada 8 horas un antibiótico. Mis venas ya no soportaban más, tanto suero, tantos medicamentos, se rompían, se tapaban; en fin, era complicado. Decidieron asegurar bien la vía por donde pasaría el medicamento y encontraron una vena en una de mis manos, insertaron allí la aguja, la pegaron con tela adhesiva, entablillaron mi mano y la volvieron a envolver con tela adhesiva y de la gruesa, así no se saldría. El vendaje debía durar al menos 15 días. Todo iba bien hasta que me di cuenta de algo y se los hice saber: “¡Oigan! Encima de que no tengo piernas, me inutilizan mi mano derecha, ¿cómo puedo hacer entonces para moverme?”.

Se les ensombreció el rostro a médicos y enfermeras, pero me dieron a entender que no quedaba otra. Mi cabeza iba a mil, pensando, calculando cómo iba a moverme. ¡Otra vez dependía de todo el mundo para todo! De repente, se me encendió una

lamparita y les propuse a los médicos buscar una “vía central”. De tanto que me habían hecho ya, algo había aprendido, así que accedieron a hacerlo: me canalizaron la vena yugular y pusieron una llavecita donde Faty, cada 8 horas, conectaba un sachet de suero con el antibiótico. Una manguera con una llave que ingresaba en mi cuello no era ni lo más cómodo de llevar ni lo más estético tampoco, al menos para los que me veían, pero para mí sí lo era, aunque sea podía desenvolverme, y así me fui a casa otra vez.

El médico me dijo que si mi cuerpo (sobre todo el hígado y no sé qué más) toleraba esa terapia durante 15 días, había muchas esperanzas de que todo podía ir bien. Hice el tratamiento por un mes sin inconvenientes, hasta que un día comencé a tener fiebre. Temí lo peor de lo peor, hablé por teléfono con el médico con un miedo terrible contándole que tenía muy alta la temperatura. Él me preguntó si el lugar donde ingresaba la manguera en mi cuello se encontraba enrojecido, y le contesté que sí. Me pidió que me tranquilizara y señaló que mi cuerpo estaba rechazando esa manguerita, nada más. El tratamiento llegaba a su fin; no me tranquilicé mucho, hasta que al otro día me sacaron la vía, y la fiebre desapareció.

Una vez por mes hacíamos los análisis para comprobar cómo iba la infección. Era muy tortuoso ver los resultados que seguían dando positivo, pese a que los doctores no le daban importancia y me decían que todo iba bien, me alentaba un poco observar esos números que mucho no entendía, pero que mes a mes iban mermando.

Otra vez me sentí contento: si bien había retrocedido, ahora parecía encaminarse todo de nuevo, y sentía la alegría y la paz de poder conservar mis rodillas. Mi humor había cambiado, y los

que me rodeaban lo notaban. Luego de unos meses, se confirmó: el análisis de infección daba negativo, ¡música para mis oídos!

Ya habían pasado siete u ocho meses desde el accidente, y mis heridas seguían abiertas. Mi pierna derecha casi estaba sana y a la izquierda le faltaba mucho aún. Mis ganas de empezar de nuevo no me dejaban quieto, entonces comencé a visitar ortopedias, a preguntar, a averiguar, quería saber. Unos me pintaron un mundo de color rosa; otros, no tanto y algunos me mostraban un panorama oscuro, ¿quién tenía la razón? Opté por elegir el que me ofrecía el mundo de color rosa: me prometió que ya estaba en condiciones de ponerme las prótesis, que las heridas no influían, que iba a correr. Le dije que trabajaba en el campo y que, entre otras cosas, mis labores se relacionaban con levantar bolsas de cereal, trabajar con animales, en fin, diversas tareas que me llevaban a hacer fuerza con mis piernas. El hombre me aseguró que lograría hacer eso y mucho más, y que ya mismo iba a poder empezar, aunque... había que conseguir una suma importante de dinero. Yo estaba ciego, por la euforia, por las ganas, no sé el porqué, ¡pero quería empezar ya!

Volví a casa y le dije a Leonel, mi hermano, con quien seguíamos en sociedad, que quería vender algo, no sabía qué, pero necesitaba comprar esas prótesis de forma urgente. A pesar de que la suma era importante, Leonel se encargó de conseguirla, pagaríamos la mitad al encargarnos y la otra mitad cuando me las entregara. Así fue que una mañana saqué turno con este ortopedista y por tarde ya podría pagarle la mitad para que empezara a hacer las prótesis. Javier, mi amigo, comenzó a investigar y había cosas que no le cerraban, sobre todo debido a mi estado. Se encargó de que esa misma tarde viera a otro ortopedista, antes de que entregara esa suma de dinero. Acepté por todos los favores

que me hacía, pero ya lo tenía decidido: iría a hablar con este ortopedista, aunque igual empezaría con el anterior. Esa tarde me entrevisté con la persona que me había indicado Javier: un tal Willi, del que no recuerdo ni su apellido ni nunca más supe de él. Me revisó y sin titubear me dijo que yo no estaba en condiciones de equiparme aún. Me lo señaló tan convencido que me hizo dudar de la honestidad de la consulta previa. Le comenté todo lo que me había dicho su colega y me dio a entender que solo sería estafado. Una de las razones era porque yo aún no podía ponerme una prótesis en el estado en que tenía mi pierna. El otro motivo se relacionaba con que los números resultaban exagerados y que él de ninguna manera me pondría prótesis en este momento, pero en el caso de poder hacerlo, el valor del equipo con que yo debía empezar era del 20% del que me habían dado. No se justificaba gastar tanto dinero para empezar a caminar. Fue así que me dio un ejemplo que no olvido y que siempre lo repito: *“Si vos no sabés manejar, no podés aprender arriba de un Fórmula 1, tenés que aprender arriba de un Fiat 600, o un Renault 12. Una vez que sepas manejar, vas a poder ir cambiando el auto por algo mejor. Así es en este caso con tus prótesis”*.

Pese a ser muy terco y a que estaba súper eufórico y decidido, me di cuenta de que lo que Willi me decía era verdad, triste para mí, pero real; así que salí de ahí y volví a casa, con la cabeza gacha, un poco desilusionado y con el dinero de vuelta. No había muchas opciones, debía armarme de paciencia y seguir esperando, situación a la que ya me había adaptado.

Conocía mis límites y los desafiaba. Mi silla de ruedas era ahora mis piernas y ya me había hecho amigo de ella. Cuando llegaba a un lugar, todo el mundo iba al baúl a bajarme la silla. Frecuentaba el taller de Javier todos los días y allí tenía otra. En el

momento en que entraba con el auto, él me la acercaba y yo solo tenía que subirme. Cuando visitaba los comercios de mi querido Coronel Moldes, salían a atenderme si paraba en frente, o tocaba un bocinazo. En tanto, en la casa de Marta o de mi vieja, esperaba a que nadie me estuviera mirando y me bajaba gateando a toda velocidad. Nunca faltó alguna señora al borde del desmayo. Ya me sentía bien, aunque en mi cabeza tenía presente que esa situación era temporal, no sé por cuánto tiempo, pero temporal.

PARTE VII

COMENZAR DE NUEVO

•••

El mes de noviembre de 2008 llegaba a su fin y se cumplía un año exacto del accidente. Si bien las heridas habían mejorado muchísimo y eran ya muy pequeñas, todavía estaban ahí. La pierna derecha había sanado pero las lesiones de mi pierna izquierda aún no. No tienen idea de cuántas veces amigos, familiares y conocidos me preguntaban: “¿Ya sanaste?” o “La infección paró, ¿verdad? ¿Le falta mucho?”.

Lejos de molestarme me agradaba que lo hicieran, me demostraban que se preocupaban por mí y les aseguro que no hay nada más lindo que eso.

Después de un año exacto, por fin los médicos dijeron que estaba en condiciones de probar la prótesis en una de mis piernas, en la sana. Volví a sentir esa sensación extraña: mezcla de alegría, miedo, inseguridad... Como les dije, después de un año me había adaptado perfectamente a mi silla, así ya estaba bien, pero no, salir adelante era volver a caminar, entonces acepté el desafío.

Fue así que conocí a Pablo, también en La Pampa. Me dijeron que era muy buen ortopedista —y sin dudas lo era—, y excelente

persona, también. Me hizo la prótesis para mi pierna derecha, efectivamente el valor en pesos fue significativamente menor al que me había querido cobrar aquel señor. Mi primo Alberto, a quien yo visitaba en cuatriciclo, donde me bajaba a abrir la tranquera a gatas, nos prestó el dinero (que luego nunca quiso recibir cuando pudimos devolvérselo). Y así comenzó la batalla. No podía siquiera pararme en una pierna porque no tenía equilibrio ya que en ese año lo había perdido. Nadie me dijo nunca que existía la rehabilitación, que había profesionales que se encargaban de eso, de mantenerme en equilibrio, de preservar mi masa muscular, nada. Así que mis primeros movimientos con una pierna fueron por coraje, corazón, o en crudo o como prefieran. Solo me levanté y di mis primeros pasos, los di paradójicamente en el tambo; sí, en el tinglado, ese que tanto odiaba. Tomé por paralelas las mangas por donde pasaban las vacas y ahí dentro iba y venía en una pierna durante una hora al día, con espectadores de lujo: Faty, Day y Aylén, quienes unas veces aplaudían y otras se reían y me hacían burlas. Estaban más entusiasmadas que yo que, si bien me sentía contento, no resultaba darse aquello que esperaba: quería estar parado sin ayuda de nadie ni de nada. A veces me paraba con mi rodilla izquierda sobre una silla y me miraba al espejo. Era lindo verme de nuevo de pie, aunque faltaba mucho todavía... Un día, mi hermano Sergio improvisó, con unos palos de quebracho y caños de molino en desuso, el armado de unas paralelas en frente de la casa. Ya no tenía que hacer el trayecto hasta el tinglado, practicaba allí, era más cómodo y lo hacía durante más tiempo. Estar en el tinglado y dentro de la manga me deprimía, en cambio, en casa podía ir hasta la punta de la paralela y a mi regreso Faty me esperaba con un mate.

Una mañana, fui a la casa de mi vieja y me entregó una carta que había llegado desde la escuela donde asistía Dayana. Me sorprendió y me apresuré a abrirla: me felicitaban por ella y me comunicaban que había sido elegida abanderada del colegio por sus promedios y conducta; ¡uf!, no puedo decirles qué sentí. Volví rápido a casa. Al llegar, como de costumbre, Faty salió a bajarme la silla. Le di la carta y nos abrazamos y lloramos un rato. No hubo palabras, los dos sabíamos lo que significaba para nosotros. Además, tomaba su comunión en esos días. Para muchos puede no significar nada, pero para mí, que sabía todo lo que había pasado, que me veía llorar por los rincones y aún así se había esforzado de esa manera, era algo indescriptible. Fue entonces que tomé el teléfono y lo llamé



a Pablo, mi ortopedista que me había hecho la primera pierna, y le dije: “Mañana voy para que me tomes el molde y me hagas la otra pierna. Quiero entrar a la escuela caminando, no sé si con muletas, un andador o con lo que sea, pero quiero que mi hija me vea de pie”.

Trató en vano de convencerme de que no era lo aconsejable, que hablara con los médicos, consejo que llevé adelante. Tras mi insistencia, ya que me había convertido en un paciente muy “especial”, aceptaron con la condición de que pasado ese día, volvería a la silla de ruedas hasta mi total recuperación, advertencia que jamás seguí.

Con mis dos piernas entré esa tarde a la escuela de mi hija, para que me viera de pie. Percibí una inmensa alegría en su cara, al igual que en la de Aylén y que en la de Faty. ¿Empezaba a llegar la recompensa por tanto sufrimiento? Me movía lentamente, con mi andador, pero de pie. El mundo para mí resultaba pequeño, era el comienzo de una vida nueva, distinta. Debía aprender muchas cosas, algunas quizás nunca lo haría, pero no quería retroceder nunca más.

La cicatrización de la herida al utilizar la prótesis parecía ralentizarse. Los médicos me advirtieron que el proceso sería mucho más lento, pero opté por continuar con las prótesis y seguir



caminando. Quizá sin ellas en un año más hubieran cerrado las heridas. De esta forma, les llevó más de 3 años sanar, transitados de pie. Al principio me costó adaptarme, usaba las piernas una hora al día y volvía a la silla de ruedas. Después de tanto tiempo podía sentirme cómodo. Las prótesis me provocaban dolor y cansancio extremo debido a que nunca había realizado una rehabilitación. Todo fue muy a lo campero: solamente practicaba dentro de los postes de quebracho y los caños de molino que había armado Sergio. Me costaba salir de ese lugar. Un día, Aylén me dio su mano y pude ir caminando sin otra ayuda, luego seguí con mis bastones canadienses, de a poco. Al año solo llevaba uno de ellos. Faty una vez me guardó la silla de ruedas al escuchar a Pablo que me decía que mis prótesis eran lo mismo que una dentadura postiza o unas plantillas nuevas: si las usaba solo una hora por día no me acostumbraría nunca a ellas. Entonces, me guardó la silla de ruedas en una pieza donde llevamos todo aquello que no se usa. Al principio, la extrañaba horrores, pero luego de un tiempo, no quise verla nunca más.

Ya llevaba un año y medio con mi bastón.



Todo el mundo se daba cuenta, hasta yo, de que no lo necesitaba, pero me daba miedo soltarlo. Sucedió una tarde, en una de mis caminatas desde la casa hacia la calle, unos 400 metros. Aylén me acompañó, como solía hacerlo. Cuando emprendíamos el regreso me pidió el bastón y ya no me lo devolvió. Me enojé muchísimo, la insulté y le ordené que me lo devolviera pero no lo hizo, sólo se fue y me dijo: “No lo necesitás, venite caminando sin él”, y se fue.

No tuve otra opción que empezar a caminar para volver. En un primer momento me sentía muy enojado. Luego de unos metros, me di cuenta de que era verdad: no lo necesitaba. Desde entonces ya no uso nada, otro logro más. Así que siempre fueron mis puntales, mis cómplices de travesuras, al intentar cosas como andar en bicicleta, algo que Faty me prohibió que hiciera sin su presencia. Una tarde ella no estaba y en compañía de Day





y Aylén decidimos intentarlo. Todo iba muy bien hasta el momento de frenar. La tierra fue el destino y si había algo que nunca había practicado era levantarme desde el suelo. Realizamos varios intentos pero no se pudo y hubo que esperar a que llegara Faty que, previo rezongo, me ayudó y pude incorporarme. Sé que en el fondo estaba contenta, al igual que yo, al igual que las niñas: cada cosa que lograba, por pequeña que fuera, era motivo de risas y alegría...

PARTE VIII

APARECE ASIF

•••

Corría el año 2009 y el gobierno implementó un plan muy accesible para adquirir computadoras. Si bien siempre me gustó estar al día con la tecnología, todo eso lo había dejado de lado. Cuando me enteré, tuve muchas ganas de comprar una computadora e internarme un poco en el mundo de la Internet. Con la ayuda de mis hijas, expertas en el tema, al menos a mi lado, empecé a recorrer el universo de las redes sociales, específicamente de *Facebook*, y pude contactarme con gente, familiares, ex compañeros del colegio; en fin, se abrió una puerta al mundo, como suelen decir.

Así fue que un día navegando, indagando, husmeando encontré una página llamada Amputados sin fronteras (ASIF), donde hallé mucha gente que había sido amputada. Sentí curiosidad y no sé con qué pretexto envié un mensaje. Rápidamente recibí la respuesta de una mujer llamada Laura Gonzales Arroyo, que era abogada. Me contó que también ella tenía una pierna amputada. Comenzamos a charlar más asiduamente, pude hablar acerca de lo que me había sucedido, intercambiamos las experiencias vividas, y así comenzó una amistad, virtual, pero

amistad al fin. Coincidimos en muchos aspectos, principalmente en la desinformación que habíamos tenido tanto al momento de la amputación como en la etapa de equiparnos: a ella sí la había estafado una ortopedia. Me comentó que estaba comenzando a armar una ONG, sin fines de lucro, simplemente para asesorar a los amputados recientes, tanto en lo legal como en lo técnico. La misión consistiría en orientarlos un poco para que no fueran víctimas como había sido ella, y también casi yo. Además buscaba explicarles los métodos existentes, qué médicos fisiatras, kinesiólogos, psicólogos eran recomendables, en fin, todo aquello que nosotros no tuvimos. Me propuso sumarme a ella y acepté casi de inmediato. Al poco tiempo me planteó la posibilidad de que me hiciera cargo de la página de *Facebook*. La idea me encantó aunque tenía un poco de miedo: recién empezaba a navegar en ese mundo. Es más, sentí que asumía un puesto muy importante, me sentía el gerente del banco más importante del mundo. Así fue que comencé a tratar con diferentes amputados de distintas partes del país y del mundo. Hice las veces de psicólogo, de amigo, de un simple hombro donde alguien necesitaba descargarse. A raíz de mis ocurrencias y por mis chistes, fui volviéndome muy popular dentro del grupo. Para mí también fue una gran ayuda: más de una persona logró convertirse en mi psicólogo sin saberlo. Además, pude ir conociendo historias de vida muy duras, que permitieron que apreciara que mi condición no era tan mala.

Junto a Laura comenzamos a organizar visitas a los hospitales donde realizábamos encuentros con gente recién amputada. Me resultaba muy grato contemplar las caras, tanto de los amputados como las de los familiares, al verme. Sentía que les devolvía las esperanzas y que podía guiarlos un poco en este camino aún neblinoso para ellos. El hecho de haber transitado por esa experiencia, me había llevado a conocer sus pesares y hasta adivinar sus pensamientos. Resulta realmente reconfortante percibir que,

en este arduo sendero de transformaciones, puedo ayudar a los demás para que encuentren alivio, y de esta manera agradezco y retribuyo lo que me brindó aquel hombre que una tarde entró a mi habitación y supo devolverme un poquito la esperanza...



Encontré un lugar donde podía expresar lo que sentía. Sabía que mis palabras no caían al vacío, que las escuchaban o leían personas que me comprendían porque compartíamos aprendizajes. Descubrí además que me gustaba escribir lo que de forma oral a veces resulta difícil de explicar, como la emoción que sentí en un encuentro de amputados en Tucumán. Al regresar a casa, mi primer impulso fue sentarme a escribir:

***CUANDO CREÍA HABERLO VISTO TODO,
APARECIÓ EL SEGUNDO CONGRESO DE AM-
PUTADOS, TUCUMÁN...***

Me preguntaron para qué iba, respondí que para pasar el fin de semana y, además, encontrarme con amputados que ya conocía. Quizás también podía conocer a alguien más.

Así fue que conocí a Carlos, de ANDADE (Asociación Nacional de Amputados de España), que era doble ampu-

tado. Brindó una disertación impecable. Me sorprendió su estilo, me impresionó su porte y admiré su manera de ver la vida. Logró cautivarme con cada palabra.

También apareció Reynaldo, a quien llamaban “Estrella”. Supuse que le debía su sobrenombre a haber estado en la televisión, pero no, realmente era debido a su condición de haber brillado todo el tiempo en sus charlas, con su baile, con su humor. Sentí la necesidad de abrazarlo aunque no suelo hacerlo a menudo, y de decirle que había estado muy bien, de principio a fin.

Por su parte, Luciana intentaba con su sonrisa disimular el agotamiento. Pude verla andar sin descanso, cuidando cada detalle para que todo fuera perfecto, y así lo fue.

Además me encontré con Manu, un pequeñín de 7 años, con una garra increíble. Practicó natación, básquet, fútbol, bailó e hizo todo aquello que quiso. Su madre le decía: “Manu, ¡para un poco, te vas a cansar!”, pero él la miraba y le respondía: “Yo no me canso nunca”. ¡Qué chiquillo atrevido! Me estaba haciendo quedar en ridículo.

También, apareció Benjamín, percibí que era un chico tímido, serio, no sé cuál sería la palabra, ¡un poco decaído? Caminaba con su bastón, hasta que lo vi jugar al tenis, luego al fútbol y ya su cara se iba transformando: estaba transpirado, pero sonriente. ¡Dejé de ver su bastón! ¡Putá madre con estos mocosos! “¡Denme una raqueta!”, solicité. Jugué con él, sentí que mis prótesis me lastimaban, pero no podía parar, no quise parar. Junto a ellos sentí euforia, y bailé y monté una bici, y apareció Cristian, diciendo que quería empezar también. Todos nos contagiábamos el entusiasmo.

Matías y Gabriel me invitaron a ir a la casa de Tucumán diciéndome: “¡Vamos, o te vas a achicar?”. Mi orgullo

no me permitió decirles que no. Mis piernas ya no respondían, después de tanto ajetreo. Cuando regresamos, solo había tiempo para bañarse antes de cenar todos juntos. Estaba exhausto, no podía más, pero quería compartir la noche. Apenas eran unos metros desde la habitación. Matias me auxilió con mis ampollas, cenamos y el regreso fue realmente tortuoso, allí apareció una vez más mi bastón personal: Fátima, que me sigue a sol y a sombra. Caminamos abrazados y no por ser cariñoso, es que no podía más. Me acompañó y se volvió por unas cosas, abrigo y cartera. Cuando faltaban 3 o 4 metros para llegar a la cama, me arrojé al piso y me quité las prótesis. Aparecieron en mi cabeza las palabras de Carlos, en su charla “impecable”: “No es fuerte quien está de pie, sino quien se cae y vuelve a levantarse”. Igual, esa parte la dejé para otro día. Logré ir gateando hasta la cama mientras pensaba que me esperarían uno o dos días sin caminar, pero ¡la pucha que valió la pena! Y, como dijo Alterio: “¡La puta que vale la pena estar vivo!”.



También sentí ganas de escribirle a aquel ortopedista que me había querido estafar, para ver si lograba despertar en él y en todos los ortopedistas, un poco de compasión, un poco de corazón:

CARTA DE UN RECIENTE AMPUTADO A SU ORTOPEDISTA

Hola, me dijeron que te viera, ya que me devolverías lo que el destino o alguna otra causa me quitó: una parte de mí. ¿Sabés?, mis hijos, mi esposa, mis hermanos, mis padres y mis amigos están tan o más ansiosos que yo. Quieren verme bien, quieren verme disfrutar de los momentos como antes, con ellos, que son lo más importante. Mis hijos quieren que volvamos a jugar juntos, mis padres quieren verme sonreír, como todos. Aunque no estoy tan mal, me dijeron que me podés ayudar a estar mejor. Si lográs eso serás mi ídolo. Voy a depositar toda mi confianza en vos, sé que mucho depende de mí y te aseguro que voy a poner toda la constancia de mi parte.

¿Por qué te escribo esto? ¡Ah!, sí: para pedirte un favor. Yo soy nuevo en este camino, por lo tanto no sé nada. Voy a llenarte de preguntas, te pido seas sincero, honesto y consecuente, no me prometas aquello que sabés que no voy a poder hacer. Si querés, obvio, pero no me engañes ni me estafes. Quizás no lo sepas, pero detrás de mí hay una vida llena de sacrificios y privaciones. El hecho de que me veas desesperado y con ganas de dar mi vida por esa pierna o ese brazo, no te da el derecho de abusar de mi situación. No te pido que obres por caridad, sé que es tu trabajo y tu medio de vida, también. Hacé y ganá lo tuyo, vos sabés qué es lo que necesito y yo no, por eso te dije que confío en vos. No me hagas vender mi casa o mi auto para acceder a esto que no es un lujo para mí sino que significa volver a tener calidad de vida. Si lo hacés, se ve no te importa nada. Pensá que me das una pierna y me cortas los brazos, o me das un brazo y me cortás las piernas.

Te repito, no quiero que lo hagas “ad honorem”, ni que pierdas dinero, solo que pienses en mí, que te pongas un minuto en mi lugar. No transformes mi recuperación en algo inalcanzable, a la que tenga que esperar por años para acceder. Ya demasiados malos ratos pasamos con mi familia, no me agregues otro más. ¿Sabés?, si hacés eso te ganarás mi amistad y mi admiración, serás mi héroe. Sé que en los tiempos que corren esas cosas se cambian por dinero, que tenga o no, lo gané con mi trabajo y esfuerzo, o simplemente lo obtuve. El mismo que podés ganar vos, pero sin abusar, sin tratarme como un producto, un negocio o, más triste aún, simplemente como meros números para acrecentar tu cuenta en el banco.

Andá sabiendo que tarde o temprano descubriré lo que hiciste. Hoy podrás engañarme y estafarme, pero el tiempo nos va enseñando, y contra eso ya no vas a poder. Es mejor que con los años seamos amigos y vos mi maestro y ayudante. Ojalá que pueda nombrarte con orgullo en cada oportunidad en que evoque mis prótesis, y pueda decirle a los demás que sos un genio y no un estafador que me vendió cualquier cosa, con tal de llenarse los bolsillos.

Además, encontré un lugar desde donde hablarles a los recientes amputados, para que no fueran víctimas como yo, como Laura o como todos o casi todos, de personas sin escrúpulos que ven en nosotros simplemente una oportunidad de hacer dinero:

¡Lobos con piel de cordero!

Ortopedistas, kinesiólogos, y en oportunidades médicos. Cuando alguien llega a una amputación, más allá de la desesperación por la misma amputación, está su incertidumbre y la de los familiares, tanto por tener como por brindar una buena calidad de vida. Obviamente no todos entran en este malicioso conjunto, pero tristemente he descubierto que la mayoría ha sido así. Muchos han demostrado ser inescrupulosos, que tienen el conocimiento de lo que está atravesando la persona amputada, de la desesperación, no de otra cosa. Allí ven una veta, una ganancia, que puede ser abultada y no les importa saber que nos pisan la cabeza. Les importa un ingreso cuantioso de dinero, y para lograrlo se ponen la piel de samaritano, prometiendo el oro y el moro, prometiendo que si gastamos más dinero más rápida y mejor será la recuperación, que si exigimos a nuestras mutuales u obras sociales desembolsar abultadas sumas en prótesis extravagantes podremos lograr un andar o una vida similar o mejor que la de antes. Ustedes de eso saben. Saben que uno no sabe, que por un hijo, por un familiar o por uno mismo vendería hasta el alma para lograr lo que lamentablemente ya no está, lo que ese accidente o esa enfermedad se llevó.

Personalmente les aseguro que se puede, que el camino sigue y que es posible hacer prácticamente una vida normal, pero no se logra con dinero ni con prótesis caras, no se consigue alimentando a estos cuervos ni gastando o pidiendo o abriendo cuentas para que la gente done dinero, tocando su sensibilidad, aludiendo a que no pueden levantar a su hijo entre otras cosas, para estos inescrupulosos. No todo lo más caro es lo mejor ni mucho menos necesario. La mejor Moto GP es inservible en una competencia de enduro, así como

la mejor Motocross es inservible en una pista de asfalto, el Mercedes Benz más sofisticado no tiene sentido en el campo, y la más cara de las 4x4 es inútil en la ciudad.

Más si recién comienzan, un buen consejo es hacerlo con algo básico y sencillo, hasta lograr familiarizarse con el uso de la prótesis. Es como cuando aprendemos a manejar, no lo hacemos en un Fórmula 1, resulta mejor comenzar con un Fiat 600 o un Renault 12. Con el tiempo podemos ir viendo qué auto nos conviene según el uso que le daremos, cómo manejamos y cómo nos gusta andar y por dónde.

Necesitás una prótesis funcional, no una demasiado cara, una prótesis que te sirva para andar, no para lucir.

Aconsejen a todas las personas amputadas que conozcan que busquen asesoramiento, que no se queden con la opinión de un profesional solo, ortopedista o médico. Busquen asesoramiento, recaben datos con otros amputados con experiencia, consulten organizaciones, como Amputados Sin Fronteras, o cualquier otra. Quizá de esta forma, los lobos algún día entiendan que somos sus pacientes, no su negocio ni un número en una cuenta bancaria. No somos su gallina de los huevos de oro...

Pude advertir que muchos sentían lo mismo que yo, que se identificaban con mis experiencias, como aquella cuando una persona en el banco se negó a darme prioridad para ser atendido y me provocó mucha rabia. Una rabia que me alentó a sentarme y escribirle a él y a todos para contarles lo que nos estaba pasando a las personas que transitamos este difícil camino:

CARTA DE UN RECIENTE AMPUTADO PARA LA PERSONA QUE EN EL BANCO NEGÓ EL LUGAR DE PRIORIDAD

Me preguntaste por qué debías darme prioridad... y no, no supe qué responder. No hay un manual, no existe un reglamento, más allá del sentido común; si puedo decirte que si ambos nos levantamos a la misma hora en un día de trámites, vos te vas a levantar, te vas a duchar, te vas a vestir, vas a desayunar y vas a sacar el auto. Cuando vayas por la calle, pensé que yo aún estoy colocándome las prótesis. Cuando dejes el auto a dos cuadras del banco y ni cuenta te des de que las caminaste, pensé que para mí será un desafío ese trayecto ya que mi cuerpo necesita quizás el doble de energía que el tuyo para realizar la mitad de actividad. Una vez que hayas salido del banco, seguramente vas a pasar por la Municipalidad, por rentas y no sé qué otro trámite tendrás que hacer. A media mañana, cuando tengas un tiempo, y te tomes un café, pensé que yo sin prioridad, recién estaré saliendo del banco. Y por la noche, cuando llegues a casa cansado, pensé que yo al mediodía ya lo estaba aún más. La prioridad para discapacitados no es un lujo ni una avivada, es una necesidad. Dándomela no me solucionas un problema, pero me lo haces más fácil.

Así, muchos sin saberlo, conformaron este cóctel que día a día me ayuda a continuar, a seguir saliendo de esto, a seguir viviendo, a seguir aprendiendo, a seguir enseñando. Comprendí que nada ni nadie es indispensable, pero sí somos todos necesarios para lograr la receta de la resiliencia que, como toda receta, lleva sus ingredientes y cuenta con un procedimiento. Esta receta necesita

la cantidad justa de convencimiento, saber y sentir que se puede. Entre todos debemos agregarle comprensión, no buscar consentimiento, acompañar con una buena cantidad de apoyo, una pizca de humor, alegría y ganas, a gusto y discreción. Tenemos que evitar la pena y la compasión, y mezclar todo, llevar al horno de la vida a fuego lento para luego desmoldar y servir con un buen vino, mirando lo que viene y no lo que pasó.



ÚLTIMO

•••

Hoy, con todas esas vueltas de la historia, me instalé un pequeño comercio al que atiendo para subsistir. Llevo una vida prácticamente normal, sin privarme de nada de lo que me gusta hacer. Ando en pantalones cortos con mis prótesis al aire, no solo no me avergüenzan, sino todo lo contrario; como dijo alguien una vez: las muestro como un trofeo, como una medalla de guerra y de honor. En esos momentos me doy cuenta de lo que estuve a punto de hacer aquella tarde calurosa de enero, un acto total de cobardía que implicaba perderme esta maravillosa vida que tengo junto a mi maravillosa mujer y mis maravillosas hijas...

No crean que me siento un ejemplo de nadie, al contrario. Sigo aprendiendo cosas, cada día que pasa, cada día que vivo veo algo que me deja una enseñanza. Comprendí que de los momentos felices no se aprende nada, se aprende de los golpes, de las situaciones extremas, de los momentos difíciles. Allí podemos percibir que en nosotros está permanecer como estamos o evolucionar. En esos instantes en los que nos topamos con nuestros límites, aprendemos a tomar decisiones, a revocarlas, nos damos cuenta de que la mayoría de las cosas son superficiales y lo que verdaderamente importa es poder levantarse cada mañana, disfrutar de una ducha, como siempre digo, advertir la importancia que tiene cepillarnos los dientes de pie, el simple hecho de

lavarnos la cara y mirarnos al espejo y vernos de pie. Recuerdo cómo celebré la posibilidad de ir al baño por primera vez por mis propios medios. Y así comencé a valorar el privilegio de disfrutar de nuestros hijos mientras son pequeños, mientras no levantan su vuelo

Nunca temí a las dificultades. Lo que verdaderamente me asustaba era el hecho de tener que elegir un camino, y elegir un camino implica abandonar otros. Hoy, aún con la incertidumbre de no saber si habré elegido el correcto y con la seguridad de no estar del todo equivocado, logré valorar la humildad y la posibilidad de ser lo más servicial posible, amable y expresivo con mis sentimientos. Aunque en el camino tuve diversas confrontaciones, no me arrepiento. Perdí amistades, quién sabe si buenas o malas, quién sabe si me habré equivocado o si procedí correctamente. Lo cierto es que si tuviera que hacer un balance, fueron más los amigos que conservé que los que se fueron. Alguien me dijo una vez que al final del camino uno puede ver lo que sembró y que los resultados se perciben según cómo lo hizo. No sé en qué etapa del camino estoy, pero me siento muy conforme con mi sembradío. En muchos lugares se encuentra muy bien; en otros, no tanto, y reconozco que en algunos sectores quedó maleza. Quizás nunca sabré el resultado, pero he pasado un momento de sequía en el que tuve que recurrir a mis reservas, ¡y vaya si las había, y en abundancia! Eso me da la tranquilidad de saber que no elegí mal ni el terreno ni la semilla. Obviamente hay que seguir cultivando, pero si hoy mismo llegara al final del recorrido, me sentiría más que feliz por lo cosechado. En este tiempo estuve bajo el abrigo de un árbol que a veces descuidé y que no por eso dejó de cobijarme. Voy tratando de amoldar a los dos retoños de ese árbol para que crezcan fuertes y rectos. Ya me

reparan de los fuertes vientos y de las tempestades. Sin ellos el temporal hubiera arrasado con mi vida. Lo triste es que cuando soplen los vientos fuertes para ellos, quizá no esté para acompañarlos, por eso intento, y espero que no sea en vano, ayudarlos ahora a echar raíces.

Hoy, también me doy cuenta de que tuve que perder las piernas para percibir quiénes estaban a mi lado. Si ese ha sido el precio para recuperar a mi esposa, a mis hijas y a mi hermano, sinceramente creo que fue demasiado bajo. Siempre digo que si un día se me presentara Dios, o el mismo diablo, para ofrecerme mis piernas de nuevo conmigo y volver a la vida de antes, mi respuesta sería negativa. Diría que no, que así estoy bien, que me siento más feliz que nunca. No sé qué hubiera pasado en mi vida sin ese accidente. Ya no importa ni deseo saberlo. Quiero esta vida, mi vida, mi lugar en este mundo.

FIN

TESTIMONIOS

MIS PSICÓLOGOS Y PSICOANALIZADOS

...

Quisiera compartir con ustedes algunos testimonios de diferentes personas que conocí a través de ASIF:

Laura Gonzales Arroyo, fundadora de ASIF:

“Soy Laura González Arroyo, de Buenos Aires. Hace 15 años fui atropellada en España por un hombre que iba alcoholizado. Como consecuencia de ello, sufrí múltiples fracturas y golpes en todo el costado derecho de mi cuerpo. Fui internada en un hospital de Málaga, sola, sin familiares. Una noche, los médicos de terapia intensiva decidieron amputar mi pierna derecha ante la infección imparable: era mi pierna o mi vida. Me desperté sin poder moverme, y recibí la noticia a la mañana siguiente. No reaccioné. No entendía nada, estaba muy sedada. Transcurrieron los días de curaciones con grúas para poder movilizarme, además ese coche o su conductor, me rompió toda la cadera derecha y la pelvis. Fueron momentos de mucho dolor físico.

Tras meses de estar internada, y con otras tantas cirugías, durante años paralicé mi vida en pos de que en algún momento pueda recuperarme y encontrar justicia. No sucedió.

Luego de estafas por parte del ortopedista, del abogado y la connivencia del juzgado con quien me había atropellado por su poder económico, decidí un día, estando en Argentina, dar por terminada una etapa. Me llevó muchos años llegar a tomar esa decisión, pero fue la más sanadora.

A partir de allí, solo quise que nadie atravesara por mi situación: mi ignorancia sobre el tema, la falta de apoyos sumada a las estafas, me hicieron comprender que la información da poder y sobre todo tranquiliza. Al menos uno puede comprender qué está pasando y cómo seguir o por dónde continuar, por ello cuando llegué a Argentina, noté que no había ningún grupo o asociación donde recurrir y decidí crear ASIF para que todos podamos encontrar una palabra cuando la necesitemos, directamente de quienes ya hemos pasado por lo mismo y que tal vez aún continuamos atravesando otras cuestiones.

Somos voluntarios y lo que hacemos es desde el corazón, con el compromiso de estar donde se nos necesita”.



Claudia Contreras, de Rosario, Santa Fe, Argentina.
Voluntaria:

“El accidente ocurrió un 3 de diciembre, en un cuatriciclo viniendo de Carcarañá hacia Rosario, en San Jerónimo. Desde un campo salió una camioneta y no me vio, así como tampoco la vi yo. No hubo culpa de ninguno, a pesar de que yo tenía la derecha y era un cruce de vías. Como conduzco también, me di cuenta de que la otra persona sinceramente no me había visto. El lugar estaba sembrado de girasoles muy altos. No hubiese querido estar en su lugar cuando se encontró con semejante panorama después del choque.

A raíz de la colisión, sufrí la amputación de la pierna en el momento. Pero eso fue casi lo más leve. Además, padecí la desfiguración de mi rostro con quiebre de mandíbula, la rotura de la vena cava, fracturas de pierna, cadera, pelvis y brazo. Salvé mi vida gracias al casco.

Estuve un mes en coma. Los primeros días no tenía conciencia del futuro que me esperaba. Cuando salí, fui a la casa de mi mamá que vive en planta baja. Me había preparado todo la familia, porque obviamente tenía la cadera y la pelvis fracturadas, y no podía moverme. Era un pedazo de carne en una cama. Pero con una conciencia tremenda y un dolor desgarrador.



Mi familia fue un pilar fundamental para iniciar la rehabilitación, gracias a que me llevaban las muletas y me hacían caminar varios pasos por día. No quería usar silla de ruedas porque no era para mí, no veía ese futuro usándola.

Una mañana me dije: «voy a ir al traumatólogo y le diré que quiero colocarme una prótesis». Habían transcurrido cuatro meses de la amputación y del alta médica. Llegué y se lo comenté. Me dijo que no, que había que esperar por lo menos varias semanas hasta consolidar los huesos de la cadera y ver si no era necesaria otra operación. Yo no me iba a operar. No quería entrar más a un quirófano. Me aclaró que no podía prescribirla. Le avisé que iba a irme con otro especialista, me levanté pero me frenó. El doctor terminó aceptando y se cargó al hombro la locura que yo tenía. Veía mucha fuerza en mis ojos desgarradores. A los siete meses obtuve mi prótesis.

El poder usar la prótesis era lo siguiente. Pero no fue nada fácil el proceso, el procedimiento es lento y costoso humanamente. El 80 por ciento fracasa y termina tirando todo en un ropero para agarrar las muletas, que es la opción más rápida.

Hoy trato de darle fuerza de voluntad a muchos que no la tienen, porque en ese momento pensás que el mundo se te viene abajo, no te imaginás lo que sigue. Yo tenía a mi hija, familia, trabajo, una vida armada, y de repente me encontré sin la pierna, teniendo que hacerme cargo de un hogar. Por eso soy una persona que constantemente se va reinventando. Te cambia la perspectiva en la cabeza.

Siempre digo que hay dos caminos cuando voy a verlos: “El primero es tirarse y cagarse la vida y la de su familia. El segundo es levantarse para salir adelante. No te miento, el camino no es fácil. Si vos querés yo te ayudo pero no es que mañana vas a salir caminando”.

El rol de la familia es fundamental para la contención del individuo, cuanto mayor sea el apoyo familiar, más fuerzas tendrá la persona. Pero tiene que ser menor la ayuda que reciba para hacer las cosas, porque es necesario que pueda arreglarse sola para las tareas cotidianas.

En mi camino, los motivos más fuertes para seguir adelante fueron las ganas de no arruinarle la vida a mi hija. Única hija, el amor de mi vida, yo no podía hacerle eso. Ella tenía 18, imagínense con una madre en silla de ruedas, iba a cargar conmigo para siempre. Esa es una de las razones más importantes. La segunda fue mi hermano, él no lo sabe. En años anteriores le pasó algo mucho peor que lo que me ocurrió a mí, y venía a casa a darme energía. Esas uniones fueron los motores para volver a caminar. Mi vieja también estuvo siempre. Pero toda mi familia, mis amigos y vecinos fueron de gran ayuda.

El mensaje que te puedo dejar es que vivir es maravilloso. Hoy doy gracias por estar viva. La falta de la pierna no importa, me hubiera perdido de esto. Todo tiene solución. Soy una elegida, una bendecida, esto no le toca a todo el mundo. Más allá del accidente, que fue un desastre para mi vida, no estoy contenta de que me la hayan cortado, pero tuve el coraje de reinventarme, y eso es lo que hay que tener”.

Dra. Nélica Rosa Cáceres, de Córdoba, Argentina. Integrante de ASIF (Alma viajera):

“Tengo 68 años, llevo 60 de amputada de mi pierna derecha bajo la rodilla por un accidente de tránsito. Quizás, por haber tenido 8 años pude superar fácilmente y con naturalidad el uso de una prótesis, que la tecnología pudo mejorar en este tiempo. Nunca dejé de hacer lo que me gustaba: jugar, andar en bicicleta, ponerme de novia, estudiar, recibirme, casarme, tener dos hijos maravillosos, seis nietos y utilizar mi tiempo de la tercera juventud para viajar por el mundo, sola o acompañada. ¡Agradezco a la vida haber conocido Amputados sin fronteras, amigos del alma!”



Tincho Luján, de San Luis, Argentina:

“Mi amputación fue a los 10 años por sobre la rodilla a causa de un osteosarcoma en la tibia derecha. No había más remedio ya que me habían hecho quimioterapia. Aprendí mucho de todas las experiencias. Puedo andar en bicicleta, manejar, y llevar adelante una vida normal. Trabajo, tengo 2 hijas y considero que no hay que dormirse pensando solo en lo que falta sino que hay que percibir aquello que cada uno tiene, que es mucho: me quedo entonces con la mayoría”.

Noelia Baillo Milán, de Solymar, Uruguay:

“Mi amputación es de la pierna derecha, sobre la rodilla. Soy diabética desde los 9 años y tuve un trasplante hace 10. La amputación ocurrió debido a la combinación de estas dos patologías. A causa de la diabetes también soy ciega. Me amputaron en el 2011, y desde allí claro que mi vida se ha transformado, pero lo que rescato es que aunque nada vuelve a ser igual que antes, uno encuentra la manera de salir adelante y seguir siendo independiente. Me hizo encontrar en mí fortalezas que, a lo mejor, no creía que las tenía”.

Martín Perello, de Río Negro, Argentina:

“Me amputaron la pierna izquierda sobre la rodilla a raíz de un liposarcoma. Aún me encuentro en tratamiento con quimioterapia. Han transcurrido tres años desde la amputación y llevo una vida muy similar a la anterior, incluso comencé a jugar al golf”.

Flavia Jaime, de Río Cuarto, Córdoba, Argentina:

“Mi mamá fue amputada de un miembro inferior sobre la rodilla a sus 64 años, a causa de una arteriosclerosis complicada por diabetes II. Juntas aprendimos muchas cosas... desde la existencia de la sensación del miembro fantasma hasta lo importante que resultan la empatía y paciencia. Aprendimos también a exigir tus derechos cuando quieren ser vulnerados, y que siempre hay que ser flexibles ante lo que la vida nos presenta”.

Carlos Fabián Chaparro, de Colombia:

“Soy amputado del miembro inferior derecho debajo de la rodilla. Perdí el pie en una explosión, en el marco de una protesta estudiantil.

Hoy en día soy graduado de veterinario, trabajo en una entidad gubernamental y tenemos un consultorio con mi novia.

La resiliencia frente a la adversidad debe generar un indeclinable deseo de superación”.

Soledad Domínguez, de Buenos Aires, Argentina:

“Tuve un accidente el 22 de febrero de 2002 cuando dos personas escapaban de un control policial y me llevaron por delante en el momento en que acudía a un toque de sirena porque soy bombera voluntaria. Volé del carril de la mano lenta hasta carril de enfrente sobre la banquina de una avenida de doble mano. Como consecuencia, en ese momento explotó la rodilla izquierda. La primera fractura me cortó la arteria y tuve tres fracturas más arriba. Después de 38 días de internación y de corroborar que el *bypass* que hicieron estuviera bien, decidieron amputar porque todo el tejido circundante estaba necrótico. Amputaron en la primera fractura que tuve sobre la rodilla. Al año y medio comencé con una depresión aguda postraumática que duró cuatro largos años. Fue etapa muy difícil para mí y para toda mi familia. En el año 2012 me realizaron una reconstrucción de la rodilla derecha porque se hallaba fracturado el platillo tibial y no se habían dado cuenta en aquel entonces. Hoy en día sigo trabajando como siempre, me lastima cómo te mira la gente y siempre estoy dispuesta ayudar a quien lo necesite. ¡Saludos, gente linda!”.

Darío Díaz, de Buenos Aires, Argentina:

“Durante una pelea de barrio... Él sacó un cuchillo y me lo hincó en la pierna. Me cortó la arteria femoral y por poco me muero a causa de la sangre perdida. Lograron salvarme la vida, pero perdí la pierna derecha. Sucedió en el año 1984 y entonces tenía 19 años. Luché por salir adelante y dejar atrás todo lo ocurrido. Lo que más me ayudó fue la gente que conocí en rehabilitación, me hablaron y me empujaron a seguir. Siempre aconsejo: “déjate sorprender” porque eso fue lo que me pasó, me sorprendió la vida. Pese a todo, me fue bien. Lo que sucedió me llevó a ser mejor persona, pude formar una familia y hacer mi choza. Alabo a Dios por todo lo que me brindó y por aquello que me falta. Lo que perdí en el cuerpo lo gané en el espíritu”.

Abigail Flores, de México:

“Hace 3 años salía de trabajar y un amigo me llevaba en su moto. Una camioneta nos atropelló. La moto se me cayó encima y el impacto cercenó de tajo la pierna derecha. Una vez en el hospital, se desarrolló gangrena y me tuvieron que desarticular la pierna. Después del accidente aprendí a manejar, puse un negocio (una farmacia) y además voy a aprender a nadar. La vida nos cambia en un instante y ahora valoramos cosas que antes ni imaginábamos”.

Mauricio Degui, de Gualeguaychú, Entre Ríos, Argentina:

“El año 2009 fui amputado bajo la rodilla derecha a causa de un accidente provocado por un arma de fuego. Tengo 42 años y vivo la vida mejor que antes. Sin mi familia y mis amigos no hubiera logrado salir adelante. Y a todos le digo lo mismo: “Podés

tener una prótesis de un millón de pesos y no caminar, y otra de mucho menor valor y hasta trotar”. Tener la mente y corazón sanos es, en mi caso, el secreto para sobrellevar nuestra nueva condición, ¡pero sobre todo mantener una buena actitud!”.

Valeria Outeda, de San Antonio Oeste, Río Negro, Argentina:

“La medicación utilizada para dormir el cáncer de médula me provocó una trombosis a la altura de la rodilla y fui operada para cambiar la arteria. Luego de dos años, la trombosis regresó pero esta vez en el tobillo. Ya no había nada más que pudiera hacerse, así que debieron amputar la pierna derecha debajo de la rodilla. Llevo tres años. Estuve ocho meses en silla de ruedas. Con el tiempo realizaron mi primera prótesis. Me costó mucho aprender a volver a caminar, pero nada me podía detener para seguir viviendo. Tengo dos soles que me ayudaron todo el tiempo. Ahora voy por el cuarto cambio de prótesis y cuesta amoldar cada una a la nueva vida. Corro en una bicicleta sin adaptar. No trabajo, vivo con mi hija más chica y disfruto de los días. Voy siempre a la playa. Vivo la vida muy feliz”.

Gustavo, de Buenos Aires, Argentina:

“Soy transportista. Había dejado el camión en Vicente López para retornar a casa el 2 de mayo de 2018 al mediodía en mi moto. Cuando faltaba solo un kilómetro para llegar, por alguna imprudencia, razón o circunstancia, un vehículo sobrepasó a varios a gran velocidad. Al ver que ingresaba en la misma cuadra en la que me hallaba, busqué evitar una colisión frontal. Me destrozó el empeine, la tibia, la rodilla y el fémur. Gracias a Dios salí de lo peor: el impacto frontal. Hoy tengo una amputación transfemoral del pie izquierdo y estoy muy bien de salud.

El 10 de octubre de 2018 me entregaron la prótesis y comencé a realizar la rehabilitación en Las araucarias. Allí descubrí un grupo de grandes profesionales que se dedican a todo tipo de amputados, y están muy pendientes de cada uno. Hoy veo las cosas de otra manera, y le doy gracias a Dios por haberme dado una nueva oportunidad de vida. Gracias”.

Índice

...

MI LUGAR	· Pág. 7
I PARTE	
EL NACIMIENTO	· Pág. 9
II PARTE	
EL TRABAJO Y LOS DÍAS	· Pág. 13
PARTE III	
EL ACCIDENTE	· Pág. 21
COMIENZA EL CALVARIO	· Pág. 29
PARTE IV	
EL REGRESO	· Pág. 35
PARTE V	
ALGO PARA HACER	· Pág. 43
PARTE VI	
OTRO GOLPE	· Pág. 47
PARTE VII	
COMENZAR DE NUEVO	· Pág. 57
PARTE VIII	
APARECE ASIF	· Pág. 65
ÚLTIMO	· Pág. 77
TESTIMONIOS	
MIS PSICÓLOGOS Y PSICOANALIZADOS	· Pág. 81

Revolucionamos el mundo literario



Ahora puedes dejar tu comentario y recomendar este libro en:

www.facebook.com/tintalibre



(tinta *libre*)
*ediciones

Este libro se terminó de imprimir
en mayo de 2019
Córdoba - Argentina

www.tintalibre.com.ar
info@tintalibre.com.ar
+54 351 3581899

